

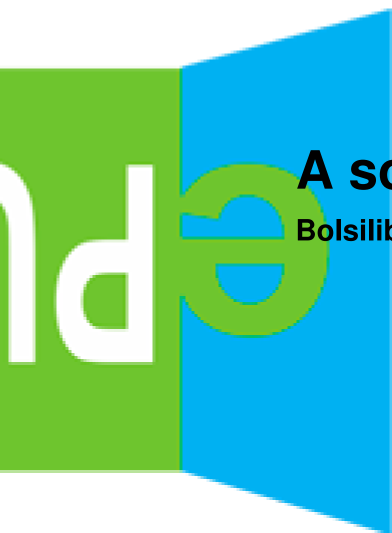
Selección **TERROR**



A SOLAS CON CHARLY

Lou Carrigan

El ruido volvió a oírse. Era un ruido como… metálico. Sí, metálico. Se repitió de nuevo. Sí, seguro: era un ruido metálico. Parecía como de cadenas… Cadenas que se deslizasen por el suelo. Notó cómo el vello de la nuca se le erizaba. Cadenas que se deslizaban por el suelo… Un sonido muy adecuado para películas de fantasmas.



Lou Carrigan

A solas con Charly

Bolsilibros: Selección Terror - 478

ePub r1.0
Titivillus 07-07-2019

Lou Carrigan, 1982

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SELECCION TERROR

Capítulo I

PARA ser una verdadera basura, lo único que les faltaba a aquel grupo de jóvenes era drogarse.

Y la verdad era que estaban camino de ello.

Porque se aburrían.

Se aburrían mortalmente.

Como suele decirse, ya lo habían hecho y probado todo. Y en estas condiciones, un grupo de jóvenes llenos de vitalidad, muy pronto se cansan de cualquier cosa. Se hastían. No cabe duda de que tomar unas copas, bailar un poco y disponer de amor en abundancia puede ser muy agradable. Pero también, como suele decirse, la abundancia mata el deseo.

Y ellos lo tenían todo en abundancia. Lo tomaban todo en abundancia siempre. Hacía bastante tiempo que se conocían, y ya no sabían qué inventar para divertirse, lo cual era, sin duda, una trágica situación.

Allá estaban. Tres muchachos y tres muchachas, en el pequeño pero muy ambientado apartamento que el mayor de ellos había comprado con el dinero de papá. El mayor se llamaba Alfred, y tenía ya veinticuatro años. Durante todo este tiempo había tenido siempre una ocupación preferida: pasarlo bien a costa de lo que fuese. Mientras tanto, de cuando en cuando, y siempre bajo presión familiar, iniciaba alguna cosa que podría haber sido útil… si no se hubiese cansado de ella muy pronto.

Los demás eran por el estilo. Lucian y Rod eran los dos elementos masculinos restantes del grupo. Las muchachas se llamaban Sally, Rosie y Linda. En total, seis hermosos jóvenes que estaban hastiados de todo, porque todo lo tenían.

—Pues yo creo —dijo Lucian, con gesto enfurruñado— que

terminaremos tomando drogas. Esto es insoportable.

Sally, que era una rubita de lo más gracioso, movió negativamente la cabeza.

—Mira, querido, ya sabes que yo lo acepto todo, pero de drogas ni hablar.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero, y ya está.

—Eres una cretina —rio Lucian.

—Y tú un imbécil.

—No me decías eso hace unos minutos —rio Lucian.

—¡Idiota!

—Escucha, no me provoques o…

—Bueno, ya está bien —farfulló Rod—. No creo que sea una gran diversión insultarnos a estas horas. Ni liarnos a golpes… Los insultos se terminan pronto, y también de los golpes nos aburriríamos todos…

—Quizá no… —Rio Linda—. Yo he leído muchas veces que hay personas que disfrutan mucho recibiendo una paliza.

—Pues si quieres… —rio también Rod.

—Esos se llaman masoquistas, o algo así, ¿verdad, Al?

Alfred, que estaba hojeando una revista con expresión de agonía, tal era su aburrimiento, miró a Rosie, que era la que había preguntado.

—¿Qué? —gruñó.

—Linda dice que podríamos divertirnos dándonos golpes.

—¡Yo no he dicho eso! —Protestó Linda—. ¡He dicho…!

—Ya sé, ya sé… —rio burlonamente Rosie—. No te pongas tonta. Al, ¿verdad que esos que disfrutan recibiendo golpes se llamaban masoquistas?

—Algo así —encogió los hombros Alfred—. No sé. ¿Qué demonios nos importa? Por lo que a mí respecta, desde luego, no me pienso dedicar a tan divertido juego.

—Creo que si seguimos aquí dentro nos vamos a morir de asco —insistió Lucian.

—¿Qué sugieres?

—Dice que podríamos tomar drogas —informó Sally al hasta entonces abstraído Alfred—, Pero conmigo no contéis para eso… He leído tantas cosas sóbrenlas drogas que no seré yo quien caiga en

eso.

—Dicen que se pasa muy bien —sonrió Alfred—. Uno se siente transportado a un mundo nuevo, a una vida de increíble felicidad.

—Seguramente. Pero tarde o temprano, y siempre muy joven, acabas hecho un guiñapo… No, gracias.

—Esta niña es una puritana —rio Rosie.

—Sí, sí —rio también Rod.

Los demás también rieron, mientras Sally miraba hoscamente a Rod.

—Hoy estás muy estúpido, ¿sabes? —se irritó.

—Podríamos ir a una discoteca —bostezó Linda.

—Ya tenemos música aquí —rechazó Lucian.

—Hijos, sí que tenemos música, pero como vosotros ya estáis cansados… de música, pues a todos nos toca morirnos de aburrimiento, Creo que nos iría bien a todos cambiar de ambiente. ¿Por qué no vamos a alguna parte y que cada cual se las busque por su cuenta? Si seguimos así, nos volveremos locos…, o acabaremos tomando drogas, como sugieres.

—O sea, que ya quieres abandonar el grupo.

—¡Yo no quiero abandonar nada, pero estoy harta de permanecer sentada bostezando!

—Linda tiene razón.. —intervino Rosie. Caramba, es que nos estamos muriendo de asco, chicos. Estamos en Londres, es viernes por la tarde, primavera, somos jóvenes, tenemos dinero… Yo, desde luego, estoy dispuesta a cualquier cosa con tal de librarme de este aburrimiento. Y si hay que ir a…

—¿Por qué no llamas a Charly? —sugirió Alfred.

—¿Charly? —Parpadeó Rosie—, ¿Quién es Charly?

—¿Te apuestas a que Al quiere traspasarte a algún amigo suyo que nosotros no conocemos? —rio Lucian.

—¡A mí no me traspasa nadie! ¡Yo hago lo que…!

—Calma, calma —sonrió Alfred, agitando la revista que había estado hojeando—. Yo no conozco a ese Charly, Rosie; pero me parece que el pobre tiene que estar mucho más aburrido que nosotros. Muchísimo más aburrido, porque está solo.

—Pero… ¿quién es Charly?

—¿Y cómo sabes que está solo si no lo conoces?

—Está aquí, en los anuncios de Young Life. ¡Pobrecito Charly,

que solo está! Bueno, esa es la impresión que produce con su anuncio.

—A ver, a ver —le arrebató Rod la revista.

—Casi al final de la página, a la derecha —informó Alfred.

Lucian se colocó junto a Rod, y ambos buscaron la parte indicada de la página en cuestión. Había allí anuncios de todas clases, desde la oferta de venta de instrumentos musicales a petición de trabajo o de alojamiento por parte de los lectores habitualmente jóvenes de la revista. Era una revista frívola y dinámica, con muchas fotografías de todas clases, muy cara…, pero que se vendía, apenas aparecía. Realmente, sólo aquellas dos páginas con anuncios precisaban de la escritura para ser expresadas.

—Aquí está… —dijo Rod—. Caramba, no se puede decir que Charly sea poco explícito.

—Menudo carota —rio Lucian.

—Trae, trae… —se impacientó Rosie—, Quiero leer eso.

Le tiraron la revista a las manos. Linda y Sally se colocaron una a cada lado de Rosie, y las tres leyeron a la vez el anuncio en cuestión.

Decía:

"LLAMA AL XX-25 DE 5 A 6
Charly está solo.
¿No querrías estar a solas con Charly?"

Linda soltó una carcajada.

—¿Y a este desdichado llamas tú un caradura? —exclamó—. ¡Yo creo que es un tímido!

—Pues quizá sea un tímido —aceptó Lucian—, pero no me negarás que su anuncio es bien expresivo.

—Tiene que ser un tímido.—rio Sally—. No hay nada más fácil que salir a la calle para encontrar una chica.

—A lo mejor, no busca una chica —dijo maliciosamente Rod.

—Entonces, llámalo tú.

Se echaron a reír los seis, aunque Rod un poco mosqueado por aquella sugerencia que atentaba contra su masculinidad: ¡hasta ahí podría llegar el aburrimiento!

—Me gustaría saber cómo es Charly —murmuró Rosie.

—¿Cómo es… en qué sentido?

—Oh, en todos… No sé… Yo creo que sí es un tímido.

—Encontrar a estas alturas un chico tímido será encantador —reflexionó Linda.

—¡Vete a…! Ya sabes adónde.

—¿Es que te va mal con nosotros? —deslizó Rod.

—Eres más ordinaria que una cuchara.

Linda se quedó tan asombrada que ni siquiera se indignó. Como los demás, se quedó mirando estupefacta a Rod. Tan estupefacta que tuvo que ser Sally quien preguntase:

—¿Qué tiene de ordinario una cuchara?

—Pues que siempre está manchada de sopa.

Hubo un bufido general de repulsa por el pésimo chiste de Rod. Sally se pasó las manos por el busto, y suspiró con auténtico desaliento.

—Bueno… ¿qué hacemos?

—Lo de salir los seis a… —empezó Alfred.

—Yo voy a llamar a Charly —murmuró Rosie—, ¿Qué hora es?

—Las cinco y veinte —miró Lucian su reloj—. Desde luego tienes tiempo, pero me parece una tontería.

—¿Por qué?

—No sé… ¿Para qué complicarse la vida? Nosotros podemos darte siempre que quieras lo mismo que esté dispuesto a darte Charly, ya lo sabes. Además, un tipo que pone esta clase de anuncios no es de fiar.

—Yo creo que sí, es un tímido… Una novedad, Sea como sea, no me aburriré más que ahora.

—Oye, la idea es buena —se entusiasmó Rod—, podemos llamarle, darle una cita… y acudir todos. ¡Nos troncharíamos de risa con el tal Charly!

—Yo no le veo la gracia —rechazó Sally.

—Y quizá sea un tipo de malas pulgas —advirtió Linda.

—Tonterías… Es un sujeto que busca ligar, y ya está. Me parecería estúpido que perdieras el tiempo con él —dijo Alfred.

—Más lo estoy perdiendo aquí.

—¿Sí? Entonces, ¿por qué no te largas?

—Eso es exactamente lo que voy a hacer —dijo Rosie, con el ceño fruncido.

—Bueno, bueno —intervino Lucian—, tengamos la fiesta en

paz…

—¿Qué fiesta? ¡Esto parece un velatorio!

—¡Maldita sea, vamos a ver si encontramos a alguien que nos venda algo para drogamos, sólo para probar, y…!

—¡No pienso tomar ninguna droga! Escucha bien esto, imbécil: soy joven y hermosa, me gusta vivir y gozar, y lo haré a mi manera, no convirtiéndome en una porquería humana… ¡Eso se queda para los idiotas como tú!

—Te estás pasando, Rosie.

—¡Vete al demonio!

Todavía vibrando en sus bonitos labios la airada frase, Rosie salió del salón donde, hasta entonces, después de los primeros momentos de relativa diversión, había ido llegando el mortal aburrimiento.

Lucian pareció dispuesto a ir tras ella, pero Rod lo retuvo por un brazo.

—Déjala, hombre… No se irá. Lo que pasa es que todos estamos muy irritables; no es fácil aburrirse. Espera a que se le pase, y dentro de poco nos vamos todos por ahí.

—Me parece que es lo mejor —musitó Sally.

Todavía vaciló Lucian, pero acabó por soltarse el brazo de un tirón, y salió en pos de Rosie.

La encontró cerca de la puerta, al parecer dispuesta a marcharse.

—¡Rosie!

—¿Qué quieres ahora? —refunfuñó ella.

Lucian la tomó por los brazos, y sonrió conciliadoramente.

—Vamos, no seas tonta… Rod dice que estamos todos muy irritables y tiene razón. Pero eso no significa que debamos reñir en serio. No tú y yo, al menos.

—¿Por qué no tú y yo, precisamente?

Lucian miró hacia el fondo del pasillo, como temeroso de que les estuviesen viendo, o tan sólo oyendo.

—Sabes que te amo —susurró.

—Habla más alto: no te oigo.

—Me has oído perfectamente —gruñó él—. Creo que todos los que estamos aquí somos un poco estúpidos, pero dicen que eso puede ser consecuencia de la edad. De todos modos, te amo.

—Me estás dejando pasmada…, —sonrió Rosie—«. ¿Desde

cuándo me amas?

—Rosie, por favor…, ¿a qué viene este juego ahora? Creí que todo estaba entendido entre nosotros.

—Eres un chico listo, ¿verdad? Le das unos cuantos besos a una chica, y luego dices que todo está entendido. ¿Qué es lo que está entendido? ¿Que nos hemos besado?

—Exactamente —sonrió Lucian—: nos hemos besado. Y no por el simple placer físico, lo sabes muy bien. Vamos, Rosie, sé razonable. Y sincera: ¿no es cierto que tú me amas también?

—Oh, yo amo a todo el mundo…

—No —Lucian la acercó más—. Estoy hablando del amor que siempre es único, no del amor universal. Quizá ha llegado el momento de aclarar completamente las cosas entre nosotros, Rosie.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que tanto tú como yo estamos hartos de toda esta vida imbécil, con esos cretinos. No vamos a discutir ahora que nos conocimos gracias al grupo, ni nada de eso. Nunca se sabe los caminos que sigue uno hasta encontrar el bueno… Nosotros seguimos este, mezclándonos con unos bobos. Está bien: pero no tenemos por qué seguir la misma ruta siempre.

—Supongo que me estás proponiendo que sigamos una ruta tú y yo solos.

—¿Te disgustaría?

—No sé.

—Lo sabes perfectamente. Vamos a dejar de fingir, de simular que somos unos degenerados o poco menos. Apartémoslo todo, y quedemos sólo tú y yo… ¿Sí, Rosie?

Rosie bajó los párpados, y se mordió los labios. Estaba un poco pálida. Lucian le alzó la barbilla, y se quedó mirando fijamente los bonitos ojos de la muchacha.

—¿Sí? —insistió.

Rosie no contestó. Pero no hacía falta. Lucian se inclinó, y la besó, lentamente, dulcemente, en los labios. Rosie alzó los brazos hasta su cuello, y se dejó llevar por la dulzura del beso que estaba dando y recibiendo. ¡Por fin! Aquel tonto de Lucian parecía que por fin había comprendido…

Se apartó, falta de aire, y alzó la radiante mirada hacia los ojos del hombre, que sonreía suavemente.

—Ahora sí que está todo definitivamente entendido —dijo Lucian—, Volvamos con los demás.

—¿Volver… con los demás?

—Claro. Nos están esperando.

—¡No quiero volver ahí dentro!

—Vamos, Rosie… Sólo tendremos que estar unos minutos más. Luego, cuando salgamos, simulamos que nos perdemos, y los eludiremos. Son unos tontos, pero no tenemos por qué ser descorteses. Debemos…

—¡No debemos nada! —cortó ella—. ¡Yo me voy, y tú te vienes conmigo…, ahora mismo!

—No debes ponerte así. Mira, podemos…:

—¿Vienes o no? —casi chilló Rosie.

Lucian comenzó a armarse de paciencia. A veces, hacía falta mucha para tratar con las mujeres.

—Sólo tenemos que esperar unos minutos y…

—¡Hasta nunca, Lucian! —acabó por gritar Rosie.

Y un instante después, la puerta batía fuertemente tras ella.

Lucian se dispuso a salir en su seguimiento, pero frunció el ceño, y su mano quedó inmóvil sobre el pomo. Luego, todavía fruncido el ceño, regresó al salón.

—¿Qué? —Preguntó Rod—. ¿Se ha marchado?

—Bah… —intentó sonreír Lucian—. Volverá enseguida, o nos llamará desde cualquier teléfono… Cosas de mujeres.

A muy poca distancia de allí, Rosie encontró una cabina de teléfonos. Se detuvo ante ella, y se quedó mirándola unos segundos, dubitativa. La verdad era que estaba arrepentida de haberse dejado llevar por el malhumor, pero, ciertamente, no pensaba dar su brazo a torcer. Si Lucian la amaba realmente, ya la buscaría. Mientras tanto…

Sí. Estaba realmente intrigada. Por fin, entró en la cabina, y marcó el número que había leído en la revista.

—¿…?

—¿Charly? —musitó.

—…

—Sí, sí, espero.

Sólo tuvo que esperar unos pocos segundos, mientras oía rumor de voces que le parecieron exclusivamente masculinas. Quizá aquel número telefónico pertenecía a algún club de hombres solos, adonde el tímido Charly iría a pasar sus horas libres…

—¿…?

Se irguió al oír la voz masculina. Era una voz lenta y pausada, agradable.

—¿Es usted Charly? —preguntó.

—…

—Bien… He leído su anuncio en Young Life…

—¿…?

—Oh, esta misma tarde, no hace mucho… Yo también estoy sola, y he pensado…

—¿…?

—Diecinueve —mintió.

—…

—Puede que sea demasiado joven —sonrió Rosie—, pero eso no significa nada. Se puede ser joven y al mismo tiempo una compañía agradable e inteligente. ¿O no, Charly?

—…

—Escuche, usted está solo y yo estoy sola. Ha puesto un anuncio en una revista, y yo contesto a él… ¿Acaso creía que nadie más que usted estaría solo en el mundo? Si pensaba eso, pudo muy bien ahorrarse poner el anuncio.

—…

—No estoy molesta; sólo desconcertada… y sola.

—¿…?

—Por supuesto que he entendido bien el anuncio.

—…

—Poco importa que sea usted bastante mayor que yo, Charly, si es una persona fácil de tratar. Además, los hombres de cierta edad resultan más interesantes que los jóvenes… en líneas generales.

—…

—No hay de qué. Bien, ya lo sabe: no tengo ningún inconveniente en estar a solas con usted… ¿Nos vemos o no?

—…

—Sí… Sí, sí, sé dónde está, claro…

—…

—Sí… Sí, entiendo.

—…

—¿A las siete? Pero si ni siquiera son las seis…

—…

—Oh, tiene que terminar un trabajo… Bueno, de acuerdo, a las siete. Hasta luego, Charly. Ah: me llamó Rosie.

Colgó, sonrió, y salió de la cabina.

Colgó, sonrió, y salió de la encristalada cabina del sórdido bar lleno de humo y de olor a cerveza. Se dirigió a una mesa colocada en un rincón, y durante un par de minutos, se dedicó a terminar el vasito de whisky, muy pensativo. Por fin, asintió con un gesto, como mostrándose de acuerdo consigo mismo. Se puso en pie, fue al mostrador, y llamó con un gesto al propietario del bar, que se acercó a él, mirándolo expectante, y un tanto inquieto, porque aquel hombre era impresionante…

Muy alto, ancho de hombros, vestido correctamente, pero con ropas de mediana calidad. Sus cabellos eran rojizos y largos, y sus ojos muy oscuros, de penetrante mirada. Pero lo más impresionante de él era la cicatriz que cruzaba todo el lado derecho del rostro, desde el lóbulo de la oreja hasta la punta de la barbilla… Muy impresionante.

—¿Cuánto le debo?

—Tres y media, señor —murmuró el propietario del bar.

El hombre de la cicatriz asintió, y dejó diez libras sobre el mostrador.

—¿Está bien así?

—Sí señor… ¡Muchas gracias, señor!

El pelirrojo de la cicatriz sonrió, hizo un gesto con la diestra, y se dirigió hacia la salida del local. Aún se veía su espalda a través de los cristales cuando uno de los clientes se acercó al dueño del bar.

—Hey, Thomas: ¿quién es ese sujeto? Nunca le había visto por aquí. Es nuevo en todo esto.

—Yo tampoco. Pero ojalá venga muchas tardes a resolver sus negocios a mi bar, Petry.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Ha bebido por valor de tres libras y media, y me ha dado diez.

—¡Fiuuuu…! —Silbó el llamado Petry—. ¡Eso es todo un cliente! ¿No?

—Seguro —sonrió Thomas—. Y total, porque le he atendido algunas llamadas telefónicas que me dijo iba a recibir aquí esta tarde, a nombre de Charly. Oye, y todas las llamadas eran de mujeres… ¿Qué te parece?

—Hum… No sé. No parece el tipo que pueda gustarle a ellas, pero… ¿quién entiende a las mujeres? Ponme otro trago… ¿Y qué te parece si lo incluyes en la estupenda propina que te ha dejado el tal Charly?

En la calle, el tal Charly estuvo caminando muy calmosamente hasta llegar donde había dejado el coche, bastante lejos del bar de Thomas. Un coche modesto y muy usado ya. Entró en él, y se quedó pensativo ante el volante. Luego, fue mirando a su alrededor, asegurándose de que nadie le prestaba atención.

Entonces, con rápido y hábil gesto se quitó la peluca de rojos cabellos, dejando al descubierto una cabellera menos abundante, un tanto canosa en las sienes, mucho más interesante y atractiva. Y el hombre de la cicatriz aún resultó más atractivo cuando se quitó también la cicatriz, despegándola primero de la barbilla, y tirando luego hacia atrás de ella. La guardó, junto con la peluca, en una pequeña bolsita que dejó en la guantera.

Finalmente, se miró con suma atención en el espejo retrovisor.

Sí… Era un cuarentón todavía muy atractivo.

Capítulo II

ROSIE consideró que debía llegar al menos cinco minutos tarde a la cita, pero se llevó una decepción, porque no parecía que estuviese nadie esperándola en la entrada al Blackfriar Bridge, de acuerdo a lo convenido.

Aunque, en cierto modo, era natural. A fin de cuentas, había sido ella quien había recibido instrucciones para ser identificada, así que debía llegar en primer lugar... Miró a su alrededor, con gesto inexpresivo, serio. La gente pasaba a su lado sin concederle especial atención, excepto algunos hombres, que, por supuesto, la encontraban muy bonita. Inevitable, ya que lo era en verdad. Era muy joven y muy bonita..., y, ciertamente, no estaba dispuesta a aburrirse.

Así que, con la esperanza de que aquel fin de semana fuese muy diferente de los otros, que tan estupendos le habían parecido al principio y que en la actualidad le parecían decadentes, Rosie siguió las instrucciones para ser identificada por Charly: cruzó los brazos sobre el pecho, y se quedó mirando en dirección a la torre, que se desdibujaba en la neblina un tanto sonrosada del atardecer.

Por supuesto que si Charly no era de su agrado no se iría con él. De la vida sólo había que tomar lo que resultase agradable... Esa era su norma. Una norma básica, profundamente egoísta, pero le tenía sin cuidado ser egoísta o no. Ella sólo tenía que pensar en sí misma. Por supuesto incluidos los cretinos de sus padres, que se fuesen al infierno.

¡Moc, moc!, sonó el claxon, muy cerca de ella.

Miró hacia el coche, que se había detenido donde de ninguna manera podía hacerlo. Debía ser por eso que el conductor le hacía señas de urgencia... Un conductor muy agradable. Sus ojos eran

oscuros, inteligentes, y sus cabellos blancos en las sietes le daban un atractivo muy digno de ser tenido en cuenta. Por un instante, Rosie pensó que aquel hombre era un aristócrata, pero una brevísima mirada al coche tenía que sacarla forzosamente de su error. Claro que podría ser un aristócrata arruinado… ¡Había tantos! ¡Y tantos falsos aristócratas! Aunque todo eso también estaba en decadencia, naturalmente.

Mientras pensaba en estas cosas, Rosie se había acercado al coche, un tanto indecisa, expectante.

—¿Rosie? —preguntó el hombre.

—Sí… ¿Charly?

El asintió con la cabeza, sonriendo.

—Por favor, suba enseguida: no podemos estar parados en este lugar. Pase atrás, si no le importa, de momento.

Rosie no vaciló más, porque le gustó Charly. Era muy atractivo, tenía la voz muy agradable, y, sin la menor duda, tenía estupendos modales, gran corrección… Así que la levísima vacilación de la muchacha desapareció. Entró en la parte de atrás del coche, que reanudó la marcha inmediatamente.

Charly, que la miraba por el retrovisor, dijo:

—Me aterra molestar a los demás… Espero que estos pocos segundos de parada no hayan irritado a nadie.

—No creo —murmuró Rosie—. Además, todos hacemos algunas veces pequeñas maniobras que por fuerza han de molestar a alguien.

—Es cierto… Deplorable, pero cierto. Eres muy bonita, Rosie.

—Gracias —sonrió ella—. Usted también es muy atractivo.

—Pero quizá demasiado viejo para ti.

—No… No, no.

—¿Estás preocupada?

—No… No.

Pero se dio cuenta de que estaba intentando mentirse a sí misma. En realidad, durante aquella hora transcurrida desde que había llamado a Charly, había decidido varias veces no acudir a la cita, pero… la curiosidad más que nada, la había impulsado finalmente a presentarse. Ahora, había visto a Charly, y, en el fondo, se sentía un tanto decepcionada. Había esperado que fuese un hombre… torturado, tímido, extraño; incluso, quizá, con algún

pequeño defecto físico que provocase esa timidez, un cierto complejo de inferioridad.

Y no.

No.

Charly debía tener algo más de cuarenta años, seguramente, pero no parecía excesivamente tímido, ni muchos menos, torturado por algo o propietario exclusivo de algún defecto físico… Era atractivo, amable y parecía simpático. Pero… ¿qué esperaba conseguir ella con aquella cita? Cierto, eran un hombre y una mujer, y eso, por sí mismo, explicaba casi todo. Sin embargo…

—La verdad es que nunca me había llamado una chica tan joven como tú —dijo Charly—. Generalmente, suelen tener alrededor de treinta años…, lo cual resulta más comprensible.

Rosie parpadeó, desconcertada un instante.

—¿Quiere decir que ha puesto otras veces el mismo anuncio?

—Oh, sí… Naturalmente. Espero que no te sientas molesta por ello, Rosie.

—¿Por qué había de sentirme molesta? Todos tenemos derecho a hacer lo que queramos, ¿no?

—Supongo que sí. Sí… Sí, sí, sí, por supuesto. Me parece maravilloso que pienses así. Esta tarde me habían llamado ya tres chicas más… Bueno, tres mujeres, se entiende.

—¿Yo no soy una mujer?

—Digamos —rio amablemente Charly— que eres una jovencita encantadora. Me alegro de haber decidido elegir tu compañía. Supongo que todo esto del anuncio te parece un poco raro.

—No sé… ¿Adónde vamos?

—Si te parece bien, a Wanstead.

—¿A Wanstead? —se asombró ella—. ¡Pero eso está muy lejos…,!

—No tanto. Unas pocas millas, nada más. Y te aseguro que el viaje vale la pena. ¿Te gusta Londres?

—Sí.

—A mí no mucho, la verdad. Demasiada gente, demasiados coches, demasiado humo, demasiado de todo… Creo que podemos parar aquí sin molestar a nadie, y así podrás pasar a mi lado.

Frenó, y Rosie salió del coche sin que él se apease para abrirle la portezuela. Mientras rodeaba el vehículo hacia la puerta delantera

izquierda, Rosie pensó si no sería mejor alejarse. Podía echar a correr, y olvidar aquella tontería.

Cuando se dio cuenta, estaba ya sentada junto a Charlie, que la miraba fijamente, con contenida sonrisa. De nuevo en movimiento, él preguntó:

—¿Tienes que estar de vuelta a alguna hora determinada esta noche?

—No tengo que dar explicaciones a nadie.

—Ah. Entonces… quizá te gustase pasar el fin de semana conmigo, en el castillo.

—¿En el castillo? —se sorprendió vivamente Rosie.

—Sí. Bueno, no es realmente un gran castillo… Más bien una gran mansión, junto a Wanstead. Una de esas grandes casas tan antiguas que ahora todos las llaman castillos.

—Ah, ya… Pero… Bueno, supongo que habrá mucha gente en esa mansión…

—Nadie absolutamente. Ni siquiera fantasmas —se echó a reír —. ¿Tú crees en los fantasmas?

—Claro que no —rio también ella.

—Pues haces muy mal, porque existen. Al menos, eso se asegura. Dicen que hay fantasmas de los antepasados de lord Frampton en el castillo.

—Tonterías! —volvió a reír Rosie.

—Naturalmente… Pero hay gente que se lo cree todo. Por supuesto, yo me guardo muy bien de decirle a lord Frampton que de ninguna manera creo en los fantasmas de sus antepasados, pero…

—¿No es usted lord Frampton?

—¡Santo Dios, no! —exclamó Charly.

—Creí… Bueno, si me lleva usted a su castillo… o lo que sea…

—Rosie, te voy a explicar las cosas, porque me parece que estás un poco desconcertada. Veamos… Yo no soy lord Frampton, pobre de mí, sino su mayordomo. Cada cuatro o cinco semanas, lord Frampton se va a París a pasar unos días; la madre de su esposa reside allí, de modo que la visitan con esa frecuencia. En esos viajes, lord y lady Frampton se llevan a los niños y a la servidumbre, y yo me quedo solo en el castillo…

—¿No le gusta París?

—Oh, sí… Sí me gusta, claro. Pero he estado allí muchas veces, ya no le encuentro excesivos alicientes. En cambio, durante las ausencias de lord y lady Frampton me las arreglo para pasarlo bastante bien en el castillo. No soy todavía un anciano, me parece a mí.

—Entiendo —rio Rosie, que empezaba a encontrar interesante la aventura—. ¡Usted se aprovecha de sus amos para divertirse!

—Pues… sí. No soy de la nobleza, pero a mi manera soy un caballero. Quiero decirte con esto que no soy de los hombres que corretean por algunos lugares de Londres en busca de una aventura pagada que termina muy pronto y deja… muy mal sabor. Opino que es más discreto y elegante buscarme una compañía grata para un par de días. Con ello no hago mal a nadie, me parece —frunció el ceño en profunda reflexión—. Más, bien se podría decir lo contrario.

—Oh.

—Sí, verás… Siempre pongo el mismo anuncio diciendo que estoy solo, y, generalmente, me llaman mujeres de alrededor de treinta años que también se sienten solas. Es una… compensación mutua. Pasamos dos días muy agradables en el castillo, y luego nos despedimos. A ambas partes nos hace bien.

—Ya… Entonces, lo que usted espera de mí…

—Pues —sonrió Charly—, hay buena música en el castillo, tenemos una bodega con los mejores vinos del mundo, excelente comida, buenos libros y cuadros que admirar… Todo ello incita a una intimidad normal muy fácil de comprender, ¿verdad?

—Me parece —sonrió Rosie—, que usted ha convertido el castillo de su amo en su… bombonera particular. ¿No es así?

—Estoy seguro de que no hago daño a nadie.

—Claro que no, Charly. Pero ¿qué pasaría si lord Frampton se enterase de esto?

—Temo mucho que me despediría —encogió los hombros Charly —, Pero siempre se corren riesgos. De todos modos, tengo que pedirte un pequeño favor, Rosie.

—¿Cuál?

—Cuando estemos llegando a Wanstead, deberías volver al asiento de atrás, y colocarte de modo que nadie pueda verte. Como comprenderás, no quisiera que nadie me viese llevando una chica al

castillo. Ya sé que te parecerá un poco molesto, pero no hay más remedio.

—Yo diría que eso es un poco desairado, ¿no?

—Sí, en verdad. Pero tampoco tienes que hacer milagros. Cuando lleguemos, será de noche…, y hasta parece que va a llover, finalmente. No habrá casi nadie por allá a estas horas, así que bastará con que te coloques bien en un rincón del asiento de atrás…

—Yo no estoy acostumbrada a estas cosas.

—Lo supongo. Bien, si prefieres que te lleve de nuevo a Londres, al centro…

Rosie frunció el ceño, fija su mirada en el atractivo Charly. Muy atractivo. Y además, podía pasar un par de días en el castillo de un lord, ver sus habitaciones, su bodega, hablar de fantasmas, escuchar música… Interesante. Y además, ¿acaso Charly no era uno de los hombres con los que, indiscutiblemente, se podía pasar bien un fin de semana? ¡Un fin de semana en el castillo de un lord! ¿No era eso algo que se salía de sus últimas diversiones habituales?

Y él había puesto las cosas tan claras que ni siquiera le faltaría nada. Nada. Ni siquiera fantasmas, pensó, mientras su ceño se distendía, dejando paso a una sonrisa.

—No —negó—. Estoy segura de que me gustará estar a solas con Charly.

Cuando llegaron al castillo, sin novedad alguna, eran casi las ocho y media, noche cerrada, y, en efecto, llovía. No había ninguna luz cerca de allí, y el pueblo había quedado lo suficientemente atrás para que su iluminación fuese apenas un leve tinte amarillento que sólo servía para revelar la mole del castillo, con sus agudas torres.

No parecía, de todos modos, uno de esos clásicos que sugieren la presencia de arqueros y valientes guerreros a caballo, sino más bien, como bien había dicho Charly, una mansión quizá un tanto desusadamente grande. Aunque, viendo tan solo su contorno bajo la lluvia, tampoco se podían sacar definitivas conclusiones.

Charly condujo el coche hacia un edificio más pequeño situado a la izquierda, y lo detuvo ante el gran portalón.

—Ya hemos llegado. Voy a abrir la puerta del garaje… Antes eran las cuadras, pero ya no hay caballos.

—Qué lugar tan tétrico —murmuró Rosie.

—Sí… Esa es la primera impresión que produce en momentos como éste. Pero ten en cuenta que está todo a oscuras, llueve… Las cosas se ven muy distintas de día. Y de noche, una vez dentro y con luces, verás que es un lugar muy agradable.

—Eso espero…

—Voy a tener que mojarme un poco. No salgas del coche.

—¿Crees que me vería alguien? —intentó sonreír ella.

—No, no… No es por eso. Pero no hay necesidad de que nos mojemos los dos.

—Nos mojaremos al ir hacia el castillo.

—Oh, eso está resuelto, ya verás.

Salió del coche, abrió las puertas, y volvió a tomar el volante. Pareció que el coche fue engullido por la más densa oscuridad que Rosie había visto en su vida. Cuando Charly detuvo el motor, pareció también que aquel fuese el mayor silencio del mundo, pero, enseguida, Rosie oyó el caer de la lluvia, y el desasosiego que sentía disminuyó un poco; era un rumor tranquilizante, volvió la cabeza, y la vio, como hilos amarillentos de seda al resplandor de Wanstead, lejano.

Muy lejano.

Charly volvió a salir del coche, y lo primero que hizo fue cerrar la doble puerta. Luego, encendió la luz, y Rosie lanzó un suspiro de definitivo alivio. Él le abrió la portezuela, y le tendió la mano para ayudarla a salir. Era una mano grande, fuerte, bien cuidada, cálida, y su contacto era tan agradable que Rosie comenzó a pensar que, en efecto, iba a pasar un fin de semana inolvidable. Charly era tan alto que para mirarlo tuvo que alzar mucho la cabeza. Tan alto, tan apuesto…

Rosie sonrió, y Charly también sonrió. La tomó por los hombros, y la atrajo, suavemente.

—Eres muy bonita —susurró.

—Pero demasiado joven —recordó ella.

—Puede que sea un inconveniente, y puede que no. Todo depende de ti, Rosie.

—¿De mí?

—Exclusivamente de ti. Deberás comprender que mi modo de pasar una velada no puede ser igual a la de unos muchachos

jóvenes.

—¿Cómo que no? —rio ella con malicia.

—Bueno… En cierto modo, sí, claro —rio también él—, Pero no esperes de mí que ponga música moderna, que baile, que…

—Oh, estoy harta de todo eso precisamente, Charly.

—Entonces, todo irá bien. Para mí, tu juventud será un regalo. Para ti, la diferencia de ambiente será interesante. Ya te lo he dicho: en mis pequeñas fiestas, ambos salimos ganando…

Se inclinó más, y la besó. Rosie estuvo un Instante como petrificada, pero enseguida comprendió que le gustaba, así que se colgó del cuello de él, y estuvieron besándose, oyendo solamente el rumor de la lluvia. Solamente eso…

—Debes tener apetito —dijo él al apartarla, siempre con gran suavidad.

—Pues ahora que lo dices, sí, lo tengo.

—Espero que la cena no te decepcione. Ven, iremos ahora a la casa.

Se dirigió hacia el fondo del garaje llevándola de la mano. Allí la soltó, y alzó del suelo una gran trampilla de gruesa madera, tirando de la anilla. Con un pie presionó en un lado de la oscura abertura, y abajo se encendió una luz. Luego, miró a Rosie, que había retrocedido instintivamente un paso.

—Es un pasadizo que lleva a la casa —explicó con su encantadora amabilidad—. Se terminó de construir aprovechando los refugios.

—¿Qué refugios?

—Los que se construyeron durante la guerra… La Segunda Guerra Mundial —se echó a reír—. ¡Espero que al menos habrás oído hablar de ella!

—Claro —sonrió Rosie.

—Los alemanes la tomaron con Londres y sus alrededores. Lo hicieron todo papilla… Desde entonces, francamente, los alemanes no me caen demasiado bien.

—Me alegro de no ser alemana.

—No importaría —le acarició él la barbilla—. Charly es incapaz de hacerle daño a nadie, Rosie. Y eso, a pesar de que recuerdo perfectamente los bombardeos… No terminaban nunca. Así que se construyeron muchos refugios. Uno de ellos, cerca del castillo, así

que tenemos debajo nuestro todo un laberinto.

—¿Y tendremos que recorrerlo para llegar al castillo?

—No, mujer… Sólo un corto tramo, que lord Frampton mandó habilitar precisamente para los días de mal tiempo. Es un pasillo cómodo y corto, ya lo verás. Empieza a bajar; yo voy a apagar la luz del garaje.

Se apartó de ella, hacia el interruptor. Rosie miró abajo, no muy convencida, pero se tranquilizó enseguida. Había un tramo de escalones de piedra, y apenas descender tres o cuatro vio el pasadizo ante ella, bien acondicionado e iluminado. Charly bajó tras ella, colocando la trampilla por encima de sus cabezas. Luego, ya ambos en el pasillo, cerró la gran puerta de gruesa madera, y señaló otra idéntica, al fondo, en lo alto de otro tramo.

—Por aquella puerta saldremos al vestíbulo.

Comenzaron a caminar, y Rosie fue viendo varias puertas más a los lados.

—¿Adónde dan estas puertas?

—Cierran los demás pasadizos del refugio. No era agradable caminar por aquí teniendo a los lados tantos agujeros. Además, los fantasmas quedaron al otro lado de estas puertas.

Rosie se echó a reír, tomándose de una mano de él. Llegaron al otro tramo de escalones de madera, los subieron, y Charlie abrió la puerta. Segundos después, Rosie se encontraba en un lugar oscuro…, y respingó cuando la puerta se cerró a su espalda, con seco golpe, y oyó el crujir de una llave en una cerradura…

—¡Charly!

—Tranquila; estoy aquí. Y voy a encender la luz ahora mismo. No te muevas de aquí.

Oyó los pasos de él, alejándose. Luego, se encendió una gran araña en el techo, y Rosie suspiró. Junto al interruptor, Charly la saludó jovialmente con la mano.

—Bienvenida al castillo… —rio—. Espero que de verdad lo pases bien a solas con Charly.

Capítulo III

LA verdad fue que sí, que lo pasó estupendamente.

Charly le enseñó el castillo, que no era tan grande como parecía, en efecto. Es decir, sí era grande, pero toda un ala estaba deshabitada, cerrada. Así que Charly le fue enseñando sólo la parte ocupada por la familia de lord Frampton y la servidumbre. Todo estaba muy limpio y ordenado, y resultaba confortable, a pesar de los techos excesivamente altos.

El dormitorio privado de lady Frampton era una preciosidad en todos los aspectos. Rosie vio prácticamente todas las habitaciones, la biblioteca, el salón… Pero lo que más le gustó fue el dormitorio de lady Frampton, tan espacioso, decorado con un gusto exquisito en azul y oro, bien alfombrado y amueblado; tenía un cuarto de baño allí mismo, por supuesto, decorado también de azul y oro. La cama era magnífica, con un gran dosel decorado con seda azul…

—Es precioso —tuvo que comentar.

—Será tuyo por un fin de semana —sonrió Charly.

—Lo cual, según entiendo, no le gustaría demasiado a lady Frampton.

—Ni demasiado ni poco —rio Charly—, Pero el mejor modo de que no nos quiten la silla es estar sentados siempre en ella. Me parece que deberíamos cenar ya.

—Oh, sí…

La cocina era grandiosa, y dotada de todos los aparatos electrodomésticos existentes, tan confortable como todo lo que había visto del castillo. Y, evidentemente, Charly lo tenía todo preparado; había champaña en el refrigerador, caviar, langosta, vinos cuya calidad él intentó explicarle con un tono casi religioso; pero que ella no supo valorar debidamente. Charly preparó también

sopa de ave, carne, eligió fruta, preparó café… En el enorme comedor, la mesa estaba dispuesta para dos comensales. Era una mesa larguísima, pero Charly había colocado los dos cubiertos en un extremo, de modo que estarían cerca, no observándose de una a otra punta de la larga mesa. Había también un candelabro de oro, con velitas encarnadas.

Y sobre todo, estaba Charly, cuyos modales y simpatía tenían completamente cautivada a Rosie. Era además un conversador cultísimo, tan polifacético que Rosie, hasta entonces una moderna muchacha muy segura de sí misma, empezó a comprender que, en realidad, ella no sabía nada de nada… Era maravilloso estar a solas con Charly.

Terminada la cena, pasaron al salón, donde Charly encendió la chimenea artificial, graduando la altura de las llamas. Rosie se había llevado la botella de champaña allí, prefiriéndola al café, y él no tuvo el menor inconveniente.

—Sirve tú mientras pongo algo de música, ¿quieres?

—Sí… ¿Qué clase de música?

—Oh, pues… Bueno, te aseguro que no serán The Beatles o algo parecido.

—¡Lo supongo! —rio ella—. Además, los Beatles ya no existen.

—Vaya… ¿Han muerto?

—No —Rosie reía cada vez más a gusto—. Pero ya no trabajan juntos. Ahora… Oh, ¿qué nos importa?

—A mí, nada —aseguró Charly.

Se echaron a reír los dos. Charly puso un disco grande en el formidable *high fidelity*, y fue a sentarse en el sofá junto a Rosie, tomando la copa que le tendía ella.

—¿Lo estás pasando bien?

—Sí, sí, sí… Y te diré la verdad: cuando vi el castillo sentí deseos de marcharme corriendo.

—Espero que hayas cambiado de opinión —rio él.

—Sí. Ahora… ¿Qué música es ésa?

—Beethoven.

—¡Ah! —Rosie miró hacia el tocadiscos, y luego, con graciosa malicia, a Charly—. ¿No era alemán?

—Antes dijiste que los alemanes no te caen muy bien.

—¿Beethoven? Sí, por supuesto.

—Oh, bueno… Siempre hay la excepción que confirma la regla. Por otra parte, dudo mucho que el buen Ludwig van Beethoven tuviera nada que ver con el lanzamiento de las V-l y V-2… ¿Te gusta?

—¿El qué? ¿El champaña o Beethoven?

—Ambas cosas.

—El champaña me encanta. En cuanto a Beethoven, pues… no lo entiendo demasiado. ¿Qué pieza es?

—Piano, sonata, Appassionata.

—Appassionata… Eso debe querer decir apasionada, ¿no?

—Seguramente —volvió a reír él—. Igual que tú.

—¿Yo?

—Estás radiante, te brillan los ojos… Estoy empezando a pensar que eres la mujer más bonita que ha venido aquí.

—Gracias. Vamos a brindar por nosotros, Charly…

Bebieron mirándose a los ojos. Luego, Charly dejó la copa, y tomó a Rosie por los hombros, mirándola fijamente. Charly tenía los ojos muy oscuros, y parecían capaces de mirar mucho más allá del límite normal.

—Es tarde ya —murmuró—. Y si realmente no entiendes a Beethoven no tiene objeto permanecer aquí.

—No… No lo tiene —murmuró Rosie.

Charly se dirigió al tocadiscos, y detuvo su marcha; el silencio fue total una vez más. El mayordomo de lord Frampton guardó con todo cuidado el disco en su funda, se volvió, y sonrió a la muchacha. Regresó junto a ella, pero no se sentó. La tomó de las manos, y la puso en pie.

—¿Vamos arriba?

—Sí…

Apagaron las luces, pero la chimenea quedó encendida. Tomados de la mano, subieron la amplia escalinata, hacia los dormitorios. Poco después, se detenían delante del de lady Frampton. Charly abrió la puerta.

En el ropero de lady Frampton encontrarás todo cuanto una mujer pueda necesitar. Ella tiene prendas muy bonitas… Estoy seguro de que sabrás elegir la mejor.

—¿Adónde vas tú?

—Conozco muy bien el guardarropa de lord Frampton, y sé que

todas sus prendas me caen muy bien; también espero elegir la más adecuada. Hasta ahora.

Se inclinó y la besó en los labios. Esperó a que ella entrase en el dormitorio, cerró la puerta, y se dirigió al de lord Frampton.

Dentro del de lady Frampton, Rosie miraba encantada a su alrededor. Fue al gran armario, lo abrió, y comenzó a examinar con más detenimiento que antes su contenido. Tardó muy poco en separar las prendas íntimas que se proponía utilizar. Lady Frampton debía ser joven porque de otro modo no habría tenido aquellas prendas tan atrevidas en su forma y transparencia…

Rosie se desnudó, se puso la prenda elegida, y fue a mirarse al espejo del cuarto de baño. Era verdad: estaba radiante, le brillaban los ojos… ¡Todo era tan nuevo, tan perfecto! Por un instante, recordó a sus amigos, en el pequeño apartamento de Alfred. Le pareció un recuerdo lejano, casi increíble. ¡Era todo tan diferente! ¿La creerían ellos cuando les dijese cómo había sido su aventura a solas con Charly?

—Tendrán que creerme —se dijo—. Una cosa así no se puede inventar. Y me gustaría volver alguna vez aquí, con Charly… Le diré que quisiera que volviésemos a vernos. No comprendo por qué las demás no han vuelto… ¿O sí han vuelto a reunirse con él? Seguramente, no, porque si así fuese, Charly ya no tendría necesidad de seguir poniendo anuncios en el periódico…, bueno, en la Young Life… ¿Qué me importan a mí las otras? Yo sé cómo pasarlo bien, así que le diré a Charly…

Hubo un sonido.

Un ruido identificable, muy leve, pero que en el denso silencio fue claramente audible.

Rosie había alzado la barbilla, con gesto expectante, dejando de contemplar sus bellas formas en el espejo a través de la transparente prenda.

El ruido volvió a oírse. Era un ruido como… metálico. Sí, metálico. Se repitió de nuevo. Sí, seguro: era un ruido metálico. Parecía como de cadenas… Cadenas que se deslizasen por el suelo.

Rosie notó cómo el vello de la nuca se le erizaba. Cadenas que se deslizaban por el suelo… Un sonido muy adecuado para películas de fantasmas.

—Qué tontería —dijo en voz alta.

Pero se estremeció al volverlo a oír. Dio media vuelta, y salió a toda prisa del cuarto de baño… Y resultó que allí, en el dormitorio, todavía se oía mejor el arrastrar de cadenas. Rosie abrió la boca para llamar a Charly, pero justo entonces oyó el gemido. Un gemido lento, largo, tremolante… Un gemido que expresaba un grandísimo dolor, y, al mismo tiempo, una resignación total. Era un suspiro y un gemido. Y era tan escalofriante que, estremeciéndose de nuevo, Rosie gritó, por fin:

—¡Charly!

Gritó con tal fuerza que era imposible que Charly no la hubiese oído, aunque hubiese estado en la otra parte del castillo. Y, sin embargo, no hubo respuesta por parte de Charly. Toda la respuesta que obtuvo Rosie fue el silencio total… Ni siquiera se oían ya las cadenas…, como si quien las arrastraba hubiese dejado de hacerlo…, hubiese dejado de caminar.

—¡Charlyyy…! —gritó de nuevo Rosie.

Silencio.

Silencio absoluto.

Notando la piel como si tuviese clavada en ella un millón de agujas heladas, Rosie caminó hacia la puerta del dormitorio, puso la mano en el pomo, lo movió…, y justo entonces se volvió a oír el suspiro, el gemido estremecedor, y, enseguida, de nuevo el arrastrar de cadenas. La muchacha dio un tirón del pomo, abrió la puerta, y salió al pasillo, desencajado el rostro, aterrada.

—¡Charly! —volvió a llamar, corriendo hacia el dormitorio de lord Frampton.

Siempre sin respuesta, llegó ante la puerta, movió el pomo, la empujó, y entró, exclamando:

—¡Charly, estoy oyendo…!

Se dio de cara contra los pies.

Esto era tan sorprendente que después del golpe y de retroceder un paso, tambaleándose, se quedó mirando, sin comprender, los pies que tenía ante ella, a la altura de su rostro, balanceándose.

Desde los pies, su mirada fue ascendiendo por las piernas masculinas, por el torso…, y finalmente, llegó al rostro. Al rostro de Charly.

Rosie no sentía nada en aquel momento. Era como si su cerebro se hubiese congelado. Con expresión más bien estúpida que

aterrada, se quedó mirando el rostro de Charly: un rostro amoratado, crispado, del cual sobresalían espantosamente los ojos y la lengua hinchada, negruzca; unos ojos brillantes, hieráticos, horrendamente fijos en ella, según le pareció. Luego, Rosie fue mirando más arriba, y vio la cuerda de la cual pendía Charly por el cuello.

Charly pendía del cuello por una cuerda.

Tenía el rostro amoratado, los ojos casi fuera de las órbitas, la lengua fuera de la boca y muy hinchada, las manos a la espalda.

Charly estaba ahorcado.

Charly, ahorcado, se balanceaba debido al golpe que ella había dado con su cara a los pies de Charly.

Charly estaba muerto.

¡Charly estaba muerto, ahorcado…!

Rosie lanzó un alarido tal que algunos cristales de la casa vibraron. Y mientras gritaba, daba media vuelta y salía del dormitorio de lord Frampton a toda velocidad… Tanta velocidad que perdió pie, y cayó cuan larga era hacia adelante, deslizándose por el pasillo sobre su vientre, sobre los grandes y fríos mosaicos. Se puso en pie de un salto, sin dejar de gritar, y se lanzó escaleras abajo con tal precipitación que fue verdaderamente milagroso que no cayese rodando.

Rosie no sabía ni lo que estaba haciendo. Sólo sabía que quería salir de allí, que quería marcharse. Así que ante ella sólo vio una cosa cuando llegó al vestíbulo, la puerta.

Corrió hacia ella, asió la gran manilla, empujó hacia abajo… y la manilla no se movió. Probó de nuevo, comenzó a mover con desesperación la mamila, gritando, gritando… Pero la manilla no se movía lo suficiente para que el pestillo se desplazase. Comenzó a golpear la puerta, pero, en medio de su terror, comprendió pronto que golpear aquella puerta con sus puños era como querer triturar una roca de cien toneladas con los dedos.

Hubo un destello de luz en su cerebro:

—El garaje.

Dio media vuelta, y corrió por el vestíbulo hacia la puerta del pasadizo, por el que habían entrado en el castillo ella y el desdichado Charly. Pero tampoco aquella puerta quería abrirse. Estaba cerrada con llave, al parecer. Y era tan sólida como la de la

puerta principal del castillo. Un castillo con las puertas cerradas…

Miró hacia las ventanas que daban a la fachada del castillo, pero estaba tan altas que jamás podría llegar a ellas. ¿Y por la cocina? la cocina tenía una puerta también muy grande, que daba a la parte de atrás del castillo, y que servía para recibir las vituallas. ¡Podía escapar por allí!

Prácticamente desnuda, todavía inmersa en el terror inicial, Rosie corrió ahora hacia la cocina, entró, y se precipitó hacia la sólida puerta que daba a la parte de atrás… Es decir, si se abría…, cosa que tampoco pareció posible.

Presa de la histeria. Rosie comenzó a golpear también aquella puerta, aullando, sollozando, hasta que las manos le dolieron tanto que tuvo que detenerse. Las cobijó en las axilas, cruzando los brazos sobre el pecho, y fue deslizándose pegada a la puerta, hasta quedar sentada en el frío suelo, demudado el rostro, lleno de lágrimas, desorbitados los ojos. Durante más de dos minutos estuvo allí, tan ocupada en asimilar su miedo y en sollozar, que no pudo pensar en nada más.

Luego, poco a poco, se fue serenando parcialmente.

Habían ahorcado a Charly.

Pero… ¿quién?

¿Los fantasmas?

Rosie comenzó a mover negativamente la cabeza. Tonterías… Tonterías. Por muchas cosas que ocurriesen allí, jamás ella creería en fantasmas. Eso estaba descartado por completo. Muy bien, se había dejado llevar por el pánico al oír lo que le parecían cadenas arrastradas, aquel lamento estremecedor…, pero de eso a admitir en ningún momento la presencia de fantasmas allí o en cualquier otra parte, había un abismo.

Fantasmas, no.

—Tengo que serenarme —se dijo.

Pensó en Charly, que le había asegurado que estaban solos en el castillo. Claro que había mencionado a los fantasmas, pero por supuesto esto sólo había sido una broma, O sea, que estaban solos en el castillo. Entonces…, ¿quién había ahorcado a Charly?

¿Quizá se había suicidado?

Rosie movió negativamente la cabeza. No. Sería absurdo. Para suicidarse, no hace falta complicar tanto las cosas: uno se cuelga, ya

está. ¿Por qué citarse antes con nadie, cenar opíparamente, escuchar música de Beethoven…? Y por encima de todo, Charly no le había parecido la persona que se suicida jamás. Amaba mucho la vida, tenía una hermosa muchacha con él… ¡Todo se le presentaba tan amable…!

Lo habían ahorcado, y, positivamente, no habían sido los fantasmas. Había sido alguien de carne y hueso, que estaba allí, en el castillo, con ellos.

Es decir, que según parecía, no era cierto que estuviese a solas con Charly.

Capítulo IV

LENTAMENTE, ROSIE se puso en pie. Se pasó las manos por el rostro, retirando las lágrimas, y suspiró con fuerza. Nada de fantasmas ni de suicidios: alguien estaba allí en el castillo, ahora a solas con ella.

Y como a ella, fuese quien fuese ese alguien, no le interesaba el contacto, sólo tenía que pensar en una cosa: salir del castillo cuanto antes, fuese como fuese. Salir de allí, avisar a la policía de Wanstead…

La policía.

Pero la policía se la podía avisar por teléfono! ¡Y allá mismo, en la cocina, tenía uno!

Se precipitó hacia el aparato, y descolgó el auricular, sin pensar siquiera en el número que debía marcar, porque no tenía la menor importancia. Sólo tenía que marcar un número cualquiera, y, a la persona que contestase, pedirle el número de la policía, o, más sencillo todavía, que esa misma persona avisase a la policía para que fuese al castillo de lord Frampton.

Pero, apenas colocado el auricular sobre una orejita, Rosie lanzó un grito, lo soltó, y retrocedió un paso, mirando con expresión nuevamente desorbitada el aparato, que oscilaba al extremo del hilo. Igual que Charly… Sólo que Charly había permanecido en lógico silencio, mientras que del auricular del teléfono habían brotado aquellos gemidos, aquel ruido de cadenas arrastradas.

El auricular oscilaba, y Rosie lo seguía con sus desorbitados ojos, mientras oía los gemidos y el arrastrar de cadenas. Sí… Sonidos que brotaban del teléfono.

Eso era todo lo que podía esperar del teléfono.

Como alucinada, Rosie colgó el auricular, y en el acto dejó de

oír los gemidos y las cadenas.

—Tengo que salir de aquí —pudo pensar con lucidez, con insistencia—. Tengo que salir del castillo.

Lógicos y razonables deseos, pero…, ¿cómo hacerlo?

—Las ventanas de arriba —encontró la respuesta.

A las de abajo no alcanzaba… Bueno, podía colocar muebles debajo de alguna, y entonces sí la alcanzaría… Parecía una solución mejor que subir arriba, donde estaba Charly, y luego saltar hasta el jardín… Se podía romper varios huesos con un salto desde tal altura.

Era mejor utilizar cualquier ventana de la planta baja.

Pensó en el salón. Allí había muebles que servirían para sus propósitos. Sería un tanto pesado moverlos, pero podría hacerlo; era joven y fuerte. Sí… Podía arrastrar primero el sofá; hasta debajo de una de las ventanas del vestíbulo, de la fachada, luego, sobre el sofá, colocaría uno de los sillones… Y eso sería suficiente.

Sin pensarlo más, Rosie puso manos a la obra. Primero, arrastró el sofá hasta el vestíbulo, colocándolo bajo una de las ventanas. Luego, arrastró uno de los sillones, y lo colocó encima. Al terminar, estaba sudando copiosamente, pero sabía ya que el esfuerzo había valido la pena. Era fácil calcular que si se colocaba de pie sobre el sillón, alcanzaría con toda facilidad la ventana.

Así que se subió al sofá, luego al sillón, asió la manilla de la ventana de cristales emplomados, y la bajó. Abrió la ventana…, y se quedó mirando, como incapaz de comprender, los solidísimos barrotes de hierro forjado colocados al otro lado del ancho muro del castillo.

Parpadeó.

Sí… La ventana de cristales daba al interior del castillo, pero después, dando a la fachada, había rejas de hierro forjado, dejando entre cristales y rejas un espacio en el que podía sentarse una persona. Sentarse, eso era todo.

Sorprendiéndose a sí misma, Rosie encajó el contratiempo con notable serenidad, pensando:

—¿Habrá rejas también en las de arriba? Quizá no, y si así fuese, podría marcharme por allí… Puedo anudar unas cuantas sábanas, y utilizarlas como una cuerda para descolgarme.

Absolutamente lúcida, Rosie bajó de su peculiar montículo, y

cruzó el vestíbulo. Emprendió la ascensión de la amplia escalinata con el oído muy atento. Nada se oía ahora. Nada. Llegó arriba, y evitando mirar hacia el dormitorio de lord Frampton, entró en el de lady Frampton, mirando ya hacia la ventana. Abrió las dos hojas de cristal emplomado…, y tragó saliva al ver las rejas de hierro forjado.

—Todas tienen rejas… Es inútil que busque una solución en este sentido. Tengo que buscar otra… ¡Tengo que encontrar cualquier solución!

Se sentó en el borde de la cama, y sólo entonces pareció darse cuenta de que, prácticamente, estaba desnuda. La camisita que llevaba era preciosa, desde luego, pero muy poco adecuada para una situación como aquella. Además, si conseguía salir del castillo sería mejor estar vestida, para ir…

Se puso en pie de un salto, de pronto.

—¡La llave! —gritó—. ¡Él debe tener la llave!

¿Cómo no se le había ocurrido antes? ¡Si Charly había abierto la puerta que comunicaba el vestíbulo con el pasadizo que llevaba al garaje, era porque disponía de la llave…! ¿Cabía explicación o solución más lógica?

Gimiendo de alegría, Rosie salió del dormitorio de lady Frampton, corriendo hacia el de lord Frampton. Se detuvo ante la puerta cerrada… ¿Cerrada? ¿Ella la había cerrado? No lo recordaba. No recordaba nada de aquel momento, excepto a Charly ahorcado, con los ojos fuera de las órbitas, la lengua fuera de la boca, el rostro tan morado que casi parecía negro… Se estremeció al recordar esto. ¡Pobre Charly! Había sido tan educado, tan amable, tan correcto en todo momento… Y verdaderamente, no hacía mal a nadie con su pequeña treta durante las ausencias de sus amos.

Al pensar en él, vaciló. La idea de volver a verlo no era agradable, por supuesto, pero…

—Tengo que hacerlo. Tengo que buscar la llave en sus bolsillos si quiero salir de aquí…

Abrió la puerta, entrando con cuidado esta vez, mirando hacia donde estaba colgado Charly… Es decir, hacia donde había estado colgado.

Charly no estaba allí.

Estaba la cuerda, pero no Charly.

¿Había estado Charly colgado allí alguna vez? La mente de Rosie experimentó una especie de cortocircuito, un lapso de vacío antes de volver a funcionar. ¿Y si todo había sido imaginaciones suyas? ¿Y si nada había sucedido y Charly estaba allí en el cuarto de baño, por ejemplo, preparándose para pasar la noche gratamente? ¿Y si…?

—¿Charly? —llamó suavemente.

Sin respuesta.

Rosie veía colgando el trozo de cuerda, de aquel fortísimo gancho hincado en el techo, pero insistió.

—¿Charly? ¿Estás aquí?

En alguna, parte, volvió a sonar aquel gemido de dolor y de resignación, y enseguida el arrastrar de cadenas. Rosie lanzó un grito, dio la vuelta, salió del dormitorio, y tras recorrer el pasillo a toda velocidad, volvió a bajar las escaleras como si se propusiera romperse la cabeza contra los peldaños… No obstante, llegó ilesa abajo, y, segundos después, entraba en la cocina y cerraba la puerta tras ella, con fuerte golpe. Quedó ante la madera, jadeando, desorbitados los ojos.

No había imaginado nada.

Habían ahorcado a Charly.

Pero ahora Charly no estaba. Se lo habían llevado… La pregunta era: ¿para qué y adónde?

—Debe haber llaves en la cocina —se encontró pensando de pronto.

Y se sorprendió. Sí, lo había pensado ella misma, pero sin proponérselo. Simplemente, la idea había acudido a su mente, cruzándose con otras ideas, con los pensamientos.

—Debe haber llaves aquí —dijo en voz alta.

En efecto.

Había llaves en la cocina.

—No… no entiendo lo que me pasa… Debí comprenderlo antes, y ya estaría lejos de aquí…

Había llaves. Allí estaban, colgadas de un fuerte gancho dentro de un armarito de la cocina. Las estaba viendo: todo un manojo de llaves. No había tardado ni siquiera tres minutos en encontrarlas.

Descolgó el manojo, y se dirigió hacia la puerta del fondo. Allá no podía haber rejas, por supuesto… Volvió hacia el armarito de

pronto, y recogió también la linterna que Había visto en la repisa. Llaves y linterna… En diez minutos estaría en Wanstead.

Extrañamente serena, decidió hacer las cosas con orden. Nada de ir probando las llaves de cualquier manera, ahora una y luego otra, sin saber cuáles probaba. No. Empezaría por la primera, e iría siguiendo su orden en el gran aro metálico que servía de llavero.

La primera llave no encajaba en la cerradura. Ni la segunda. Ni la tercera…

La cuarta, sí.

La cerradura crujió suavemente; estaba bien engrasada, era obvio que se utilizaba con frecuencia. Fue sencillísimo: giró la llave, la cerradura se desplazó, luego atrajo la puerta, y se encontró con la noche delante. Y la lluvia. Era de noche, llovía, el camino hasta Wanstead no sería fácil, pero… ¡la puerta estaba abierta, no había rejas podía salir!

De pronto, lanzó una exclamación de alegría, tiró el llavero a un lado, y salid al exterior. La camisita quedó empapada de agua inmediatamente, pero ya no pensaba en ello. Ya no le importaba cambiarse de ropa, ponerse la suya… ¡Sólo quería correr, correr lejos de allí!

Y echó a correr.

Riendo histéricamente, Rosie echó a correr, casi desnuda, descalza, empapada ya de la fría agua de lluvia.

Corrió… tres pasos.

Al cuarto, chocó con algo, rebotó, y cayó de espaldas al suelo, chillando de espanto, quizá porque no había visto nada que fuese espantoso, quizá espantada únicamente de sus propios pensamientos. Debía haber chocado contra un árbol…

Había perdido la linterna, que, por desgracia había llevado apagada. Si la hubiera llevado encendida, la habría recuperado enseguida. Es más, si la hubiese llevado encendida, no habría tropezado con aquel árbol.

Estuvo tanteando hasta encontrarla, la encendió, y la apuntó hacia el árbol.

No.

No era un árbol.

Durante dos o tres segundos, Rosie estuvo identificando aquello. O quizá fueron más segundos, porque podía hacer falta mucho

tiempo para una identificación semejante. Parecía un hombre, pero podía no serlo.

Estaba encorvado ante ella, guiñando su único ojo ante la luz de la linterna. El otro ojo era como un globo blanco y saltón, pavoroso. Tenía una boca enorme, unas orejas enormes, una nariz enorme, unas cicatrices enormes en todo el cuerpo… Todo en él era enorme. Incluso su joroba que parecía doblar con el peso su espalda. Sus cabellos eran completamente blancos, y se pegaban a la cabeza, empapados. Vestía lo que sólo podían ser unos harapos, y sus manos, sus enormes manos, se tendían hacia Rosie, implorantes.

—Te quiero —balbuceó el monstruo—. Te quiero, niña…

El terror de Rosie era tal que no podía moverse, ni gritar, ni reaccionar en modo alguno. Permanecía como si hubiese quedado convertida en piedra, apuntando al monstruo con la luz de la linterna. Un monstruo estremecedor, una especie de Quasimodo horripilante, que avanzaba tambaleante hacia ella, con sus grandiosas manos tendidas, implorantes.

—Te quiero… Te quiero…

Era una voz hueca, gruesa. Parecía salir de un pozo resonando.

—Te quiero…

Siempre bamboleante, llegó junto a ella, que sólo podía reaccionar en un sentido, al parecer: seguir apuntando con la luz aquel horripilante rostro. Pero el monstruo se arrodilló junto a ella, y apartó la luz de un manotazo que quizá quisiera ser suave.

—Te quiero… Te quiero…

Rosie notó una de aquellas manos en su cuerpo.

—A ti no te haré nada… Niña, te quiero…

Rosie volvió a apuntar la luz al rostro del monstruo, y vio de nuevo las cicatrices, el globo blanco, que parecía una bola de billar, encajado en la órbita ocular, la horrenda boca de dientes oscuros y grandes… Todo esto, mientras aquella espantosa visión iba girando, y ella la seguía con la luz, hasta que la tuvo encima mismo de ella, de su propio rostro…

—Eres buena, niña… A ti no te haré nada…

La reacción de Rosie llegó por fin. Y, como toda reacción contenida, fue imprevisible, fortísima: lanzó un chillido agudísimo, contorsionó el cuerpo esquivando el contacto y, al mismo tiempo, lanzaba un golpe con la linterna a aquella cabezota blanca. Fue una

reacción que el monstruo no pudo controlar: salió rodando hacia un lado, emitiendo gruñidos, gemidos más bien.

Mientras tanto, Rosie se ponía en pie de un salto, y corría de regreso al castillo, a la cocina.

—¡Niña, te quiero! —Aullaba el monstruo—. ¡Niña, no…!

¡Blam!, cerró Rosie la puerta de la cocina, fortísimamente.

Y enseguida, comenzaron a sonar en la madera los tremendos golpes, los arañazos, subrayado todo por los rugidos del monstruo, que seguía gritando algo que Rosie no conseguía entender. Hubo un instante en que incluso le pareció que lloraba.

Entonces, Rosie cayó de rodillas al suelo, y rompió a llorar con un desconsuelo sobrecogedor, echándose hacia adelante, escondiendo el rostro entre los brazos, estremeciéndose tanto que todo terminó convirtiéndose en un temblor convulsivo que parecía que jamás fuese a terminar…

Capítulo V

Y poco a poco, volvió el silencio.

El silencio de ella misma, el silencio de cuanto la rodeaba, el silencio total.

El silencio total.

Se puso en pie, ya sin temblar, pero sintiendo frío. Estaba desnuda. Entonces recordó algo que había visto mientras buscaba las llaves. Fue al armario de la entrada de la cocina, lo abrió, y asintió con un gesto de autómata. Sí, allá había ropas de los sirvientes de la casa. Eran solamente batas para trabajar en la cocina, pero servirían.

Escogió la más pequeña, que debía ser de una de las doncellas, y se la puso. Le quedaba bastante bien, y el contacto de la ropa la tranquilizó.

Pensó de nuevo en las llaves, y fue a donde las había tirado. Allí estaban. Y lógicamente, una de ellas debía abrir la puerta del pasadizo hacia el garaje. Eso iba a hacer: iría directa al garaje por el pasadizo, se metería en el coche de Charly, y saldría de allí a toda velocidad… No iba a parar hasta llegar a Londres.

—El monstruo debe estar por ahí afuera —se dijo.

Bueno. No importaba… Si el monstruo aparecía en su camino, lo arrollaría con el coche. Podía matarlo, pero eso le tenía sin cuidado. Se estremeció de nuevo al recordar aquel rostro horrible, la joroba, el ojo que parecía una blanca bola de billar incrustado en aquellas facciones cruzadas y recruzadas de cicatrices.

—Si se me pone en mi camino, lo atropellaré con el coche.

Salió de la cocina, fue al vestíbulo, y se colocó delante de la puerta del pasadizo. Como antes, con una serenidad respecto a la cual ni siquiera se le ocurría sorprenderse, comentó a buscar

metódicamente la que encajase en la cerradura. Y la encontró muy pronto.

La cerradura giró, y Rosie atrajo la puerta. El pasadizo estaba a oscuras, pero debía haber algún interruptor allí mismo, no podía ser de otro modo. Lo encontró enseguida, lo accionó, y el pasadizo se llenó de luz. Vio el tramo de peldaños, el pasillo, y, al fondo la puerta que comunicaba con el garaje.

Ajustó la puerta tras ella, bajó, y recorrió el pasadizo rápidamente. Solo se oía el tintinear de las llaves que pendían del aro metálico. Cuando llegó ante la puerta, comenzó a probarlas, siempre con aquel extraño dominio de sí misma, sin temblor, con paciencia, con método…

Al terminar de probarlas todas, la puerta seguía cerrada.

—No está… ¡No está la llave de esta puerta!

Pero… tenía que estar. ¡Tenía que estar!

Las volvió a probar, inútilmente. Empezó a probarlas por tercera vez, pero desistió… Era inútil. Si la llave estuviese allí ya habría encajado en la cerradura, la habría abierto. No estaba, eso era todo.

—Podría volver a salir por la cocina… —pensó—. Quizá él no esté allí ahora.

Pero la sola idea de que el monstruo sí estuviese la paralizó. No conseguía moverse. Y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para conseguirlo. Se volvió, y contempló el pasillo, lleno de puertas a ambos lados. Puertas que, según Charly, tapaban las bocas de varios pasadizos del complejo antiaéreo… Era absurdo haber colocado puertas allí. Habría sido más lógico y desde luego más sencillo cegar aquellos caminos con ladrillos.

—Si no lo han hecho, será por algo.

El pensamiento tenía que brotar, finalmente, en el cerebro de Rosie: aquellos subterráneos debían llevar a alguna parte. En alguna parte, debía haber una salida… Es decir, una entrada a los refugios. Una entrada que para ella se convertiría en salida… Una salida que quizá la dejaría muy cerca del pueblo, de Wanstead. Esto era tan lógico…

De todos modos, aquellos subterráneos estarían a oscuras. Y si había muchas ramificaciones, podía perderse, pasarse horas y más horas dando vueltas por el mismo sitio.

—Voy a la cocina a buscar otra linterna… Y si no hay otra, usaré

cerillas.

Cualquier luz, por pequeña que fuese, sería siempre mejor que la oscuridad.

Volvió a la cocina, y, como temía, no encontró otra linterna, pero sí cerillas en abundancia. Se metió tres estuches en un bolsillo de la bata, y volvió al pasadizo, y apercibiendo ya las llaves. Por encima de todo, debía seguir conservando la serenidad. Por encima de todo.

Un cuarto de hora más tarde, estaba a punto de perderla: había probado todas las llaves en tres de las puertas, y no había podido abrir ninguna. Quizá aquellas llaves las tuviera lord Frampton en persona en su despacho, o en el salón. Quizá incluso habían sido desechadas debido a la intención de no utilizar jamás aquellas puertas. Pero no podía creerlo, cuando una abertura no se va a utilizar jamás, lo mejor es tapiarla, no poner una puerta de buena madera.

Lanzó una contenida exclamación de alegría, cuando, al probar la segunda llave en la cuarta puerta, oyó girar la cerradura. Todavía incrédula, tiró de la puerta, y notó un nudo de angustia al no poder moverla.

—Hacia dentro —pensó.

Empujó, y la puerta cedió. La abrió completamente, dejando que penetrase en aquel nuevo camino la luz del pasadizo del garaje. Una luz que le iba a ser muy útil. En primer lugar, porque la ayudaría en los primeros pasos pasadizo adentro. Luego, si no encontraba salida alguna y decidía volver, la luz la guiaría hacia allí. La idea de permanecer en los subterráneos mucho tiempo no le hacía la menor gracia.. Si no encontraba salida, volvería a la casa, y esperaría el regreso de lord y lady Frampton. Tenía bebida y comida, así que podía esperar mucho tiempo. Lo importante era no salir por donde pudiera estar esperándola el monstruo que había matado a Charly.

Parpadeó al pensar esto.

¿Realmente había sido el monstruo quien había matado a Charly? En el fondo, le pareció improbable. No se imaginaba a aquel ser entreteniéndose en colgar a Charly del techo. Se lo imaginaba matándole a golpes, o estrangulándolo, eso sí, pero no colgándolo. Eso incluso podía parecer un refinamiento, una búsqueda, de algún objetivo, lo cual no podía entrar en la

rudimentaria inteligencia del monstruo. Pero…, ¿quién si no el monstruo, podía haber matado a Charly?

Estaba ya entrando en el pasadizo cuando esta última idea la dejó clavada al suelo: si había sido el monstruo quien había matado a Charly, significaba que podía entrar y salir de la casa a su gusto. Y entonces, ¿por qué no había entrado de nuevo, a por ella, para decirle que la quería?

Ahogando una exclamación de miedo, Rosie se introdujo en el pasadizo a toda prisa. Durante unos veinte metros, pudo avanzar con comodidad gracias a la luz que llegaba por detrás de ella. Luego, la luz iba perdiendo fuerza, y la oscuridad la iba supliendo, espesándose cada vez más. Por fin, encendió la primera cerilla, y alzó la mano, temblorosa.

La pequeña llamita esparció una débil luz amarillenta, mostrando el subterráneo, que seguía, siempre recto, al parecer. Siguió caminando, despacio con el fin de que la cerilla no se apagase. Encendió otra, y otra…

—Debo haber recorrido por lo menos doscientas yardas —pensó —. ¿Cuándo terminarán estos pasillos?

Terminó precisamente entonces, de pronto: allí sí que había una pared de ladrillo, solidísima, ocupando todo el arco del subterráneo, desde el techo al suelo. Estuvo contemplando los ladrillos, defraudada… y asustada. Porque el significado de aquello no podía escapar a una chica inteligente como Rosie: si habían tapiado una de las salidas, habrían tapiado todas las demás.

La cerilla le quemó los dedos. La tiró, sacudiéndolos, y encendió otra. Lo mejor era volver. Había visto mientras recorría aquella distancia algunas bifurcaciones a derecha e izquierda, que había desestimado. Siempre en línea recta, siempre el camino más corto. Pero ahora, tal como estaban las cosas, quizá sería conveniente echar un vistazo por los otros pasadizos. No podía perderse mientras viese allá, al fondo, el resplandor de la luz eléctrica del pasillo del garaje.

Y en verdad era formidable para volver. Lo hizo rápidamente, sin importarle que la cerilla se apagase; sólo necesitaba la luz del fondo.

Se detuvo cuando vio, a su derecha, la primera de las bifurcaciones. Encendió otra cerilla, y entró por allí… Mientras se

mantuviese ocupada, todo iría bien, porque no pensaría en lo sucedido con demasiada intensidad, no iría sintiéndose presa del terror.

Al final de aquel pasillo había otro muro de ladrillos.

Encogió los hombros, y regresó a la bifurcación.

Pero, al llegar allí, no vio luz alguna al fondo.

—Debo haberme equivocado de camino ahora —se dijo.

Lo cual no parecía probable, pero tenía… Encendió otra cerilla, caminó unos pasos, y vio otra bifurcación, pero sin luz alguna al fondo. La desechó, pues y siguió adelante. ¿Cómo podía haberse equivocado? Si todos los pasillos eran rectos…

Llegó a otra bifurcación, y casi gritó de alegría al ver la luz en el fondo. Bien, había encontrado de nuevo el camino…, y lo mejor era volver. No valía la pena caminar por allí abajo para encontrar sólo tapias de ladrillos. Por supuesto que lord Frampton habría ordenado tapiar los agujeros, todas las salidas…

El suelo desapareció.

Al menos, esa fue la impresión que tuvo Rosie.

Simplemente, donde debía haber suelo en aquel paso, no hubo nada, y ella cayó hacia delante y abajo, recorriendo una distancia superior a la normal hacia el suelo que había estado pisando.

Cayó de bruces, pero no se hizo demasiado daño, porque había caído sobre algo blando relativamente, Desde luego, con el choque perdió la caja de cerillas, pero, sentándose, se apresuró a sacar otra del bolsillo de la bata. Encendió tana, mirando con ojos muy abiertos a su alrededor.

Y entonces vio a Charly.

Estaba sentado, y la miraba.

La estaba mirando, fijamente, con los ojos tan fuera de las órbitas que parecían ir a caer de un momento a otro; y con la lengua fuera.

Estaba sentado allí, apoyado de espaldas en una pared, y la miraba. Pero no… No podía mirarla, porque estaba muerto. Ya no tenía el rostro tan oscuro, pero estaba muerto, quieto, inmóvil. Claro: si estaba muerto…

Rosie bajó la mirada y la cabeza, iniciando un grito de pavor…, que quedó atravesado en su garganta, igual que si se hubiese convertido en una bola de hielo. En una heladísima bola que

impidió a Rosie incluso respirar durante unos segundos, mientras contemplaba aquel rostro entre sus dos piernas separadas.

La mente de Rosie quedó bloqueada, y por lo tanto, todas sus funciones mentales y físicas. Veía, pero con la misma impersonalidad que puede ver el objetivo de una cámara fotográfica. Veía, y eso era todo.

Veía aquel rostro de mujer, con los ojos abiertos y fijos… en ninguna parte. Allí estaba, entre sus piernas separadas, aquella cabeza de mujer muerta, Y cerca del rostro, había una mano.

La mirada de Rosie se apartó de allí, bruscamente…, y entonces vio el otro rostro de mujer, de lado con respecto a ella. Luego, vio una pierna, también de mujer, desnuda… Y al girar de nuevo los ojos, vio medio sentada, a otra mujer, cerca de Charly, también con la espalda apoyada en la pared. Sí…, era una mujer, a juzgar por sus largos cabellos, pero ya en principio de putrefacción, como la cara.

La llamita de la cerilla llegó a los dedos de Rosie, y el dolor la hizo reaccionar por fin. Sacudió los dedos, la luz desapareció, y de la garganta de la muchacha brotó el más largo, tremolante y espeluznante grito de terror jamás proferido por persona alguna.

Fue un alarido que lo hizo temblar todo, que hizo añicos el silencio, que pareció capaz de perforar las paredes de tierras y llegar al fin del mundo. Y al primer alarido siguió otro, y otro… Era lo único que Rosie parecía capaz de hacer: gritar para expresar el mayor espanto de su vida.

—¡Aaaaaaaaaahhhh!

Se puso en pie de pronto, sin dejar de gritar, porque sabía que estaba pisando cuerpos humanos, cadáveres. Sabía que sus desnudos pies se posaban sobre espaldas, o cabezas, o manos, o pechos, o piernas.

—¡Aaaaaaaaaahhhh!

Girando enloquecida, machacando aquellas carnes muertas, divisó de pronto la luz eléctrica, y quiso caminar hacia ella… Su pecho dio contra el borde de aquel pozo de tan escasa profundidad, de aquella pequeña y circular fosa común, y cayó sentada. Sus manos buscaron apoyo, en el suelo… ¡No era suelo, era un cadáver lo que estaba tocando!

—¡Aaaaaaaaaahhhh!

Se puso de nuevo en pie, clavó las manos en el piso al nivel de su pecho, y salió del pozo con la celeridad de quien huye del mismísimo infierno, lanzándose en desenfrenada carrera hacia la luz, tropezando y cayendo varias veces, siempre gritando. Llegó al pasillo, cerró la puerta de golpe, y corrió hacia la puerta que comunicaba con el vestíbulo. Subió los escalones de un salto o poco más, empujó la puerta, se volvió a cerrarla… ¡Había dejado las llaves abajo!

Sin vacilar, poseída por el pánico más absoluto, corrió de nuevo abajo, recuperó las llaves, regresó al vestíbulo, cerró la puerta, y se abalanzó hacia la cocina, cuya puerta cerró tras ella, apoyándose de espaldas en la madera, jadeando, desorbitados los ojos, demudado el rostro, desencajada la boca.

Poco a poco, se iba deslizando hacia el suelo, y se iba calmando, serenando… Quedó sentada, pero se tendió de lado, encogida, temblando, y comenzó a llorar, copiosamente, con profundos sollozos, con un desconsuelo impresionante.

Capítulo VI

TENDIDA de bruces, con los brazos cruzados y la frente apoyada en ellos, mucho más serena ya, Rosie no podía apartar aquel pensamiento de su mente:

—Ha sido el monstruo… Ha sido el monstruo… Ha sido el monstruo.

Tampoco podía olvidar a Charly. Jamás lo olvidaría mientras viviera. Ni olvidaría aquellos rostros de mujer, horripilantes y trágicos, ni sus carnes en principio de putrefacción… ¿Cuántas mujeres había allí? Tres o cuatro por lo menos; seguramente, más. Y Charly. También estaba el pobre Charly, en aquella fosa común…

—Es extraño… Estaba en el pasillo, pero no la vi cuando lo recorrí en sentido contrario, en busca de una salida… Habría caído dentro entonces, naturalmente. Pero no estaba… Y si no estaba cuando iba en busca de una salida…, ¿cómo podía estar la fosa a mi vuelta? ¿Cómo es posible que no la viese, o, más aún, que no cayese en ella entonces? Si hubiese…

¡Nang!

Rosie gritó, y se sentó velozmente.

¡Nang!

De nuevo, desorbitados los ojos, Rosie miró a todos lados, como si pudiese alcanzar más ámbito que el de la cocina.

¡Nang!

Santo Dios… ¿qué era aquello? ¿Qué clase de horrible sonido estaba oyendo?

¡Nang!

No… No era ningún horrible sonido: eran campanadas.

¡Nang!

Sí, eran campanadas de un reloj. Debía ser un reloj gigantesco,

como el que había visto en el salón…

¡Nang!

Pero no podía ser, no, porque ella… no había oído antes aquel reloj…

¡Nang!

Aunque quizá no había reparado en él. Lo normal es que un reloj suene, y ella no iba a entretenerse en comprobarlo…

¡Nang!

Pero estaba segura de que no lo había oído dar las horas. De eso estaba completamente segura, porque…

Porque era imposible no oír aquel reloj, era imposible no prestar atención a aquellas fortísimas campanadas…

¡Nang!

¿Es que no iba a terminar nunca de dar campanadas? Ya había dado muchas… ¿Qué hora debía ser? No había contado las…

¡Nangggg…!

Otra más. Si las hubiese contado, sabría la hora que era. Aunque…, ¿tenía eso alguna importancia? ¿En qué iba a beneficiarla saber la hora? Todo seguiría igual, así que no importaba la hora. No importaba nada la hora. Sabía que llevaba allí, en la cocina, un buen rato. Y sabía que estaba encerrada en un castillo, con llaves suficientes para salir de él, pero… afuera esperaba el monstruo. Estaba segura de que saliese por donde saliese, él aparecería. Pero no conseguía comprender por qué no entraba a por ella. Había matado a Charly, lo había dejado colgado, y luego se lo había llevado abajo, a… a aquella fosa, Y también lo había visto en el exterior. O sea, que el monstruo podía ir por todas partes…, pero no entraba en la casa a por ella, ¿Por qué? ¿Por…?

Parpadeó.

Ya no sonaban campanadas.

Reinaba de nuevo el silencio.

El silencio total.

Se puso en pie, y se pasó las manos por el rostro, que parecía acartonado, de tantas lágrimas. Se acercó a una de las piletas, abrió el grifo, y recogió agua con las manos; se lavó bien, y se sintió un poco mejor. Mientras se secaba con uno de los paños de cocina, miraba el teléfono. Se estremeció, pero decidió probar otra vez. ¿Qué perdía con ello? Lo único malo que podía ocurrirle era oír de

nuevo los gemidos de dolor y resignación, y el arrastrar de cadenas.

Se detuvo con la mano a punto de descolgar el auricular. ¿Quizá habían sonado doce campanadas? Entonces, si habían sonado doce campanadas, era la hora de los fantasmas, según las más estrictas tradiciones de cuentos de miedo.

—Qué tontería —se dijo Rosie, casi sonriendo.

Descolgó el auricular, y se lo colocó al oído… La señal de línea directa para marcar llegó con toda nitidez. Por un instante, quedó perpleja, pero enseguida lanzó una exclamación de alegría, y puso un dedo en uno de los números… Pero ¿cuál número podía marcar? Cierto que no importaba, ya había pensado antes en ello, pero… Con otra exclamación de alegría, miró el número impreso en el disco del que ella estaba utilizando. Perfecto. Sólo tenía que marcar el mismo número excepto la cifra final.

En el denso silencio, el girar del disco fue como un sonido alegre, vivo, fuerte. Tuvo que contenerse para no gritar cuando oyó el timbre de llamada al otro lado de la línea.

Oía el timbre.

Oía el timbre.

Oía el timbre.

Oía el timbre.

Oía…

El auricular fue descolgado.

—¿Diga? —gruñó una voz malhumorada, masculina.

Rosie tragó saliva.

—¡Señor, por favor, le llamo desde el castillo de lord Frampton, para que avise a la policía!

—Oiga —la voz tomó un tono avinagrado—, ¿es una broma? ¡Porque si es una broma, le diré que no tiene ninguna gracia a las doce y pico de la noche! ¡Si usted no tiene sueño…!

—¡No es ninguna broma! —Gritó Rosie, consiguiendo interrumpir al irritado desconocido—. ¡Por favor, por favor, se lo juro, no es ninguna broma, avise a la policía, dígale…!

—Escuche, cálmese, ¿quiere? Y dígame quién es usted, y qué significa eso de que me llame a mí para que yo llame a la policía. Pero tranquila, ¿de acuerdo? Empecemos: ¿quién es usted?

—Soy… soy Rosie… Me llamo Rosie, señor. Soy forastera aquí, y como desconozco el número de la policía he marcado uno

cualquiera, para pedir ese favor. Usted sin duda conoce el número de la policía.

—Desde luego. Pero no quisiera jugarle una broma a ellos. ¿Qué está pasando ahí? ¿Por qué no la llama lord Frampton?

—Es que… es que lord Frampton no está. El… él está en París, con su esposa…

—Entonces, ¿no hay nadie con usted ahí?

—No… No.

—¿Y qué hace usted en el castillo de lord Frampton?

—Yo… yo… yo… yo… yo estaba… a solas con… con Charly…

—¿Con quién?

—Con… con Charly, con el mayordomo de lord Frampton…

—Ah, ya. Está bien. Bueno, pues Charly debe saber ese número de la…

—¡Está muerto!

—¿Quién está muerto? —Oyó Rosie el respingo del hombre—. ¿Charly?

—¡Sí, sí, sí! —Se desesperó Rosie—. ¡Está muerto, lo han ahorcado, y luego lo he visto en una fosa, en un agujero de los subterráneos, con muchas mujeres también muertas, y hay… hay aquí un… un hombre monstruoso, y se oyen gemidos, y…!

—Escuche, joven, ¿por qué no se va al demonio?

—¡Le juro que es verdad?

—¡Usted está loca!

—¡No estoy loca, le digo que todo es verdad, se lo juro mil veces, se lo juro! ¡Por el amor de Dios, atiéndame, llame a la policía, dígales que vengan aquí ahora mismo! ¡Por favor!

El silencio al otro lado de la línea fue tan prolongado, que Rosie llegó a pensar que la comunicación había sido cortada… Pero, de pronto, oyó la voz del hombre, tensa y hosca:

—Mire, voy a decirle todo eso a la policía, joven, pero si es una broma, las responsabilidades serán para usted. Yo no quiero saber nada. ¿Está claro?

—Sí… ¡Sí, sí, sí! ¡Gracias, señor, gracias!

Colgó velozmente, y se quedó mirando el aparato como si fuese la cosa más maravillosa que hubiese visto en su vida, ¡Lo había conseguido, la policía iba a llegar, la sacarían de allí!

Emitió un gritito, abrió la puerta de la cocina, y salió en

dirección al vestíbulo. Emprendió la ascensión de la escalinata, llegó al piso de arriba, y entró en el dormitorio de lady Frampton. Recogió sus ropas, que cambió por la bata. Una vez vestida con su propia indumentaria, y con la perspectiva de la pronta llegada de la policía., se sentía mucho más tranquila. Ya no podía pasar nada malo, no había tiempo. Antes de diez minutos…

El sonido llegó hasta allí muy claramente.

Era música.

Música de piano.

Una hermosa melodía, pero sobre la cual no tenía la menor idea, porque nunca había sentido interés por la música clásica. Seguramente, Charly le habría podido decir inmediatamente qué composición era aquella, y el nombre del autor… Pobre Charly. ¡Pobre, pobre, pobre Charly!

Pero…, ¿de dónde procedía la música?

De abajo, desde luego. Pero un piano no toca solo, ni un disco se pone solo en el plato del tocadiscos… Era imposible, naturalmente. Entonces…, ¡había alguien abajo!

Una vez más, Rosie se sintió presa del terror. ¿Debía ser el monstruo, que por fin había decidido entrar en la casa… ¡No! No, no, no… Un ser horrible como aquél no podía tener un gusto tan refinado, tan exquisito. ¡Porque la música era tan hermosa…! Tan hermosa… Para tocar, o simplemente para escuchar aquella música, hacía falta tener muy cultivado el espíritu, una delicadeza extraordinaria, una sensibilidad grandiosa. ¿Cómo era posible que hasta entonces ella no hubiese dedicado atención a la música clásica? Todos decían que era un tostón, y ella lo había aceptado… Así de sencillo. Pero cuando volviese a Londres…

¿Quién estaba abajo?

El monstruo, imposible. Rosie sabía que cualquier persona relacionada con aquella música, jamás podría hacer daño a nadie. Así que salió del cuarto, y bajó al vestíbulo. Exactamente: la música llegaba del salón, donde ella había visto un magnífico piano mientras estaba con Charly. Claro que también podía ser un disco…

Se acercó, cautelosamente, sin poder disipar del todo su temor, y se asomó.

Quedó atónita.

Al piano había una mujer, tocando aquella deliciosa

composición. Estaba de perfil con respecto a la entrada, y Rosie pudo contemplarla a sus anchas, admirada, mientras ella seguía tocando… Era muy hermosa. Sus rasgos eran grandes y fuertes, pero hermosos. Y sus cabellos, tan rubios, eran larguísimos, y muy ondulados; en buena parte caían sobre el pecho de la mujer, como bellísimo adorno de oro expuesto al sol. Llevaba la boca muy pintada, y también el rostro. Sus ojos eran muy grandes, azules. Era extraordinaria… Pero lo más extraordinario de ella era su vestido, tan serio y cerrado, y de un modelo que, por instinto. Rosie clasificó como del siglo diecinueve, lleno de cintitas, adornos y perifollos de toda clase…

De pronto, la música cesó.

Rosie miró a los ojos a la mujer, y entonces se dio cuenta de que ella la estaba mirando, sonriente.

—Hola —la saludó amablemente—. ¿Le gusta Chopin?

Rosie tragó saliva, pero ni aun así pudo hablar.

—Pase —invitó la dama de los cabellos de oro—. No se quede ahí, por favor. ¿Quizá le gustaría tocar algo personalmente?

—No —pudo balbucir Rosie—. No, no. No sé tocar el piano.

—Ah. Bueno, en estos tiempos no me sorprende demasiado. ¿Toca algún otro instrumento, quizá?

—La… la guitarra un… un poco…

—Oh, sí, entiendo… La guitarra eléctrica, claro.

Rosie asintió con la cabeza, y dio un paso más hacia la hermosa dama, que deslizó sus dedos sobre el teclado, velozmente, consiguiendo un arpegio bellísimo. Pero, al mismo tiempo, mostraba el ceño un tanto fruncido.

—No tengo nada contra esos instrumentos modernos, por cierto, pero dudo mucho que puedan jamás igualar a un buen piano. ¿Le gustaría escuchar algo especial? No tema molestarme: pienso pasarme toda la noche tocando, de modo que si usted tiene alguna preferencia, estaré encantada de complacerla.

—Gracias, pero no… no tengo ninguna…

—Entonces, si no le importa, seguiré con Chopin.

Rosie asintió de nuevo con la cabeza, y miró a su alrededor. Todo seguía igual que cuando Charly y ella habían abandonado el salón. Nada había cambiado. Incluso el fuego artificial de la gran chimenea continuaba encendido. Volvió a mirar a la hermosa dama,

que había reanudado su concierto, entornando los ojos. Parecía estar en éxtasis, y había en sus labios tan pintados una dulce sonrisa, que podía asustar a muchas personas, porque era un ser simple, de escasa inteligencia.

La dama dejó de tocar, y la miró, alzando las cejas.

—¿Qué dice?

—Pregunto que quién es usted.

La sorpresa se reflejó en el rostro de la dama.

—¿Que quién soy yo? —exclamó—. Lady Frampton, naturalmente.

—Oh —Rosie se mordió los labios—. Creía que estaba usted en París.

—Por supuesto que no: nada tengo que hacer en París, querida joven.

—Pero su… su madre está allí, y lord Frampton y usted… Bueno, Charly me dijo que estaban en París…

—¡Oh! —lady Frampton abrió mucho los ojos y, de pronto, se echó a reír—. ¡Se refiere usted a esa lady Frampton; a la actual! Sí, claro, ella está en París.

—No… no la comprendo…

—Pues es bien sencillo: Yo fui lady Frampton ochenta años antes que ella. ¿Comprende ahora?

—No —jadeó Rosie—. No, no…

Lady Frampton sonrió encantadoramente.

—Pues no sabría como explicárselo mejor, jovencita. ¿Le importa que siga tocando?

Rosie volvió a tragar saliva y no contestó. Lady Frampton la contemplaba con amabilidad, pero un tanto perpleja. Dedicó de nuevo su atención al piano, mientras Rosie comenzaba a retroceder hacia la puerta, lívida.

—Va… va a venir pronto la policía —dijo, con voz ronca—. ¡Y todos ustedes van a pagar lo que están haciendo!

—¿Perdón? —La miró, desconcertada, lady Frampton.

—¡Todo esto es una farsa estúpida que no puede engañarme a mí!

—Ahora soy yo quien no entiende, jovencita.

—Yo… yo no sé lo que están tramando ustedes, pero les aseguro que van a pagarlo todo en cuanto llegue la policía. ¡Les voy a decir

lo de los muertos en los refugios; lo de ese monstruo que anda por aquí!

—No debería usted hablar así de Edgar —reprochó lady Frampton.

—¡Si se refiere al tuerto jorobado, es un monstruo, un monstruo, un monstruo!

—Debería ser usted más piadosa, Rosie. Ya sé que Edgar resulta poco agradable, pero es el ser más bondadoso que jamás haya podido existir.

—¡Es un asesino!

—¿Edgar? —Exclamó la dama—. ¡Desde luego que no!

—¡Ha matado a Charly!

—Imposible… Edgar no ha hecho daño a nadie jamás, se lo aseguro. Comprendo que puede asustar a muchas personas, porque es un ser simple, de escasa inteligencia, y, en verdad, un desafortunado… Como dicen algunos, puede darle un susto al miedo. Pero… eso es todo. Si se le sabe tratar, Edgar es la bondad personificada. Sólo hay que ser dulce y amable con él, y lo manejará usted como quiera.

—Puede usted decir todas las tonterías que quiera. Pero se lo advierto: la policía va a llegar dentro de pocos minutos. Y tendrá usted que explicarles por qué han matado a Charly, y a las mujeres que hay abajo…

—Le aseguro que la llegada de la policía es algo que no me preocupa en lo más mínimo. Dígame: ¿estaba usted arriba?

—Sí.

—¿Y no ha visto a mi esposo?

—No… No.

—Bueno, ya bajará. A veces, tarda bastante en materializarse.

Rosie notó una vez más en aquella noche cómo se le erizaba el vello de la nuca, pero consiguió mantenerse serena.

—Está usted loca si piensa que yo me voy a creer todas esas tonterías, señora.

—¿Qué tonterías?

—Jamás he creído ni creeré en fantasmas. Ya le digo que no sé lo que están tramando ustedes, pero tendrán que decírselo a la policía.

—¿De verdad va a venir la policía?

—Desde luego que sí.

—Bien —lady Frampton frunció el ceño—. No tengo ganas de recibir ninguna clase de visitas, así que será mejor que me retire a mi dormitorio. Espero que John esté ya listo, y pueda atender a la policía. ¿Le parecen más razonables ahora mis palabras.

—Por supuesto.

—Pues ya ve lo que son las cosas: ahora es cuando mis palabras no son razonables, ya que la policía jamás podría vemos a John y a mí… Me refiero a lord Frampton…, al de hace muchos años. Así que, pensándolo bien, voy a quedarme aquí mientras pueda, tocando el piano.

Reanudó la ejecución de la bella pieza, como olvidándose de Rosie. Esta permaneció unos segundos mirando hoscamente a aquel fantasma que decía llegar desde ochenta años atrás, Ya Charly le había hablado algo de los fantasmas de los antepasados de lord Frampton, pero… ¡Tonterías!, rechazó. Apartó su mirada de lady Frampton, y la fijó en el reloj. El gran reloj de pie en el cual, sin duda, habían sonado las campanadas. Se acercó a él, y tendió el oído, pero no escuchó ruido alguno de maquinaria. Ni el más leve vestigio del clásico tic-tac. El reloj estaba parado, y señalaba las dos y veinte. Las dos y veinte…

Imposible. Ella había escuchado hacía pocos minutos muchas campanadas. No sabía cuántas, pero por lo menos debían haber sido once o doce, no dos. Esto era segurísimo. Pero además, si aquel reloj estaba parado, ¿dónde habían sonado las campanadas?

Se volvió de pronto hacia lady Frampton, sin saber por qué. Seguramente, porque ella había dejado de tocar…, y ahora la miraba fijamente, con una sonrisilla que parecía amable, pero que a Rosie le pareció sarcástica, incluso con cierto tono perverso en los grandes ojos azules. Perversidad y regocijo, eso era.

¿Por qué tardaba tanto la policía?

Sin perder de vista a lady Frampton, se dirigió hacia la puerta del salón, y consiguió salir con cierta dignidad, pero, en cuanto comprendió que lady Frampton no podía verla, echó a correr hacia la cocina. Llegó allí, se encerró, y fue adonde había visto antes los cuchillos. Escogió precisamente el más grande, y lo empuñó con gran resolución… momentánea, porque enseguida se le encogió el estómago.

—Me defenderé —se contestó a sí misma—. Esa mujer me asusta, es extraña. Y no he visto al marido. Quizá me ataquen, para matarme antes de que llegue la policía, y escapar. ¡Y si me atacan, los… los mataré, sí…!

Pero lo mejor, por el momento, era no salir de la cocina. Se quedaría allí hasta que llegase la policía. Y cuando la oyese llegar, iría a la puerta principal, con las llaves. Ya no tendría miedo de que el monstruo estuviese allí.

—Se llama Edgar…, y ni siquiera parece un ser humano. No comprendo nada de todo esto. Lo primero de todo es que no van a convencerme de que son fantasmas, ni mucho menos. Son gente de carne y hueso como yo. Ellos deben haber matado a Charly, claro… Pero ¿por qué? ¿Por qué traía mujeres aquí durante su ausencia? Y las mujeres, ¿serán las que he visto abajo con Charly, en aquel agujero? Pero entonces…

Y de pronto se dio cuenta de que, mientras pensaba y pensaba, con el gran cuchillo en la mano, el tiempo iba pasando. ¿No habían pasado aún diez minutos desde que consiguió comunicar con aquel desconocido?

—Creo que sí —reflexionó—. Y bastantes más. Deba hacer ya cerca de media hora.

Abrió un poco la puerta de la cocina, y echó un vistazo afuera. No vio a nadie. Ni se oía ya la música. Lady Frampton ya no tocaba el piano. El silencio volvía a ser total. Cerró de nuevo la puerta, y volvió a mirar al teléfono.

—Voy a volver a llamar —se dijo.

Dejó el cuchillo sobre un mármol, y descolgó el auricular, llevándolo hacia una oreja mientras con la otra mano, ya extendido el dedo índice, se disponía a marcar el mismo número de antes. Era facilísimo de recordar: el mismo número que veía en el disco, pero cambiando el 5 final por un 9. Sí, eso era… Muy fácil. Pero aún no había llegado el auricular a su orejita cuando comenzó a oír la música, suave, lejana. Al acabar de colocarse el auricular la oyó mejor, clara, nítida.

Y palideció.

No era la señal para marcar, por supuesto. Parecía… música de piano. Movió varias veces el pulsador, pero no consiguió modificar la situación: del teléfono brotaba música, y eso era todo.

Lo colgó, y volvió su desorbitada mirada hacia el gran cuchillo que brillaba sobre el mármol.

—No dejaré que me ahoguen, como a Charly —se estremeció—. Ni que me tiren a aquel agujero. Esperaré, y si alguien viene a hacerme algún daño, le clavaré el cuchillo. Sí, lo haré.

Le parecía que habían pasado años desde que llegara al castillo dispuesta a pasarlo estupendamente a solas con Charly.

Capítulo VII

Y por fin, tuvo que comprender la verdad: la policía no vendría.

No sabía el tiempo que había pasado desde que comunicara con el desconocido, pero, sin la menor duda, habían pasado más de diez minutos. Muchísimo más. La conclusión era obvia: aquel hombre no la había creído en absoluto, y había optado por resolver la cuestión del modo más simple, es decir, no discutir más y volver a la cama.

—¿Qué le habría costado avisar a la policía? —pensó.

La respuesta también era obvia: nada. No le habría costado nada. Pero no lo había hecho. Y asunto solucionado.

—Quiero marcharme de aquí.

Notaba dolor en alguna parte del cuerpo, pero no sabía exactamente dónde. De pronto, miró su mano derecha, y la vio blanca, apretando con terrible fuerza el mango del cuchillo. Lo dejó, y a los pocos segundos el dolor comenzó a ceder, y la mano recuperaba su color natural.

El teléfono sonó en aquel momento, y Rosie dio tan salto que casi perdió el equilibrio. Demudado el rostro, desorbitados los ojos, se quedó mirando el aparato, que volvió a sonar. Y sonó de nuevo.

Y sonó.

Y sonó.

Y sonó.

La idea fue penetrando lentamente en el cerebro de Rosie. ¿Y si quien llamaba era aquel desconocido, o la policía avisada por fin, y querían saber qué ocurría en el castillo de lord Frampton?

Se abalanzó hacia el aparato, y lo descolgó temblando tanto que casi se le escapó de los dedos.

—¡Diga! —gritó.

—Te quiero —oyó el jadeo—. Te quiero, niña…

Rosie quedó petrificada por el espanto. No pudo reaccionar en modo alguno. Y mientras tanto, otra voz sonó por encima de la del monstruo, un tanto irritadamente.

—¡Edgar! ¡Deja el teléfono!

—Te quiero —insistió Edgar—. Te quiero mucho, niña…

—Edgar —la otra voz masculina, recia y profunda sonó en tono de clara amenaza—, voy a recurrir al látigo si no dejas de molestar.

—Amo, yo quiero a la niña —gimió Edgar—. ¡La quiero, es muy bonita!

—¡Vuelve a tu tumba, Edgar!

—¡No, amo, no!

—¡Vuelve allá inmediatamente, o voy a buscarte por todo el castillo con el látigo!

—¡Amo, siempre estoy solo, y la he visto, yo quie…!

Rosie consiguió reaccionar, por fin. Y fue para colgar el auricular, que se quedó mirando todavía con ojos desorbitados. De pronto, rompió a llorar, dejándose caer al suelo una vez más. No tenía fuerza en las piernas, ni en ninguna parte del cuerpo. No era capaz de la menor reacción, sólo de llorar, de llorar, de llorar…

Alzó vivamente la cabeza cuando oyó el ruido. Miró hacia la puerta de la cocina, y vio el pomo moviéndose, con fuerza; click, clack, click, clack…

—Señorita —oyó al otro lado la voz recia y profunda—. ¡Señorita Rosie!

Rosie se puso en pie, temblando, y cogió el cuchillo.

—Señorita Rosie, soy lord Frampton… ¿Está usted bien? No tema: Edgar se ha retirado ya. ¿Necesita algo?

Rosie movió negativamente la cabeza, como si lord Frampton pudiese verla.

—¿Me oye usted? —insistió él—. ¿Está bien necesita alguna cosa? Dígame si puedo ayudarla… No debe temer nada de mí, se lo aseguro.

Esta última frase sí hizo mella en Rosie. Cierto, ¿qué podía temer de aquel hombre, fuese quien fuese? ¿Que la matase? No parecía que esas fuesen sus intenciones… Y, de todos modos, cualquier cosa sería menos mala que correr el riesgo de que, finalmente, Edgar llegase hasta ella.

—Señorita Rosie, supongo que me está oyendo: si me necesita,

estoy en el salón, leyendo. No dude en recurrir a mí.

Luego, el silencio.

De nuevo el silencio total.

Silencio total.

Un silencio cada vez más insoportable.

—Lord Frampton… —llamó suavemente Rosie.

Silencio.

—¡Lord Frampton!

Silencio total.

Pero…, claro…, ¿cómo iba a oírla, si estaba en el salón? Y mientras tanto…, ¿estaría realmente Edgar en… en su tumba, o… buscando el medio de llegar hasta ella burlando la vigilancia de lord Frampton? La personalidad de Edgar se iba agigantando; en la memoria de Rosie apareció, como una fotografía perfecta; aquella imagen horrible del jorobado, encima de ella, jadeando que la quería, tocándola, intentando…

—¡Lord Frampton! —aulló Rosie, abriendo de golpe la puerta, y echando a correr hacia el vestíbulo.

Llegó allá, y se precipitó hacia el salón. Entró disparada, mirando a todos lados…

—¡Lord Frampton, lord Framp…!

Lo vio de pronto.

Estaba en uno de los sillones del rincón, junto a la lámpara de pie, con un libro en el regazo, y la cabeza caída sobre el pecho, La luz le llegaba desde su derecha y un poco atrás, de modo que, por el momento, sólo pudo ver su contorno, su silueta. Tenía unos cabellos muy largos, y por el lado de la luz destacaba la forma de un gran bigote, grueso y de guía altivamente alzada… parecía el clásico bigote de los orgullosos militares ingleses destinados en la India.

—Lord Frampton —jadeó Rosie—, se lo suplico, usted tiene que ayudarme a salir de este lug…

Se había ido acercando a él, pero, de pronto, se detuvo. Por un instante, llegó a pensar que estaba dormido, pero, al mismo tiempo, veía la mancha brillante sobre su pecho. Se acercó más, como una autómata, y se quedó mirando aquella mancha, que brillaba a la luz.

Y sólo entonces vio, en el lado del cuello de lord Frampton que se hallaba a la sombra de la lámpara, el cuchillo. El mango del

cuchillo, porque la hoja estaba hundida completamente en aquel lado del cuello… Y lo que veía en el pecho de lord Frampton era sangre, claro…

Tenía un cuchillo clavado en el cuello, y por debajo de la barbilla había salido la sangre, en abundancia aterradora.

Estaba muerto.

Y si había muerto de una cuchillada, era porque nunca había sido un fantasma. Los fantasmas no pueden volver a morir.

De pronto, el cuchillo escapó de la mano de Rosie, ella dio media vuelta gritando, y se precipitó fuera del salón, cruzó el vestíbulo, y emprendió una vez más la subida de las escalinatas, hacia los dormitorios del primer piso, aullando:

—¡Lady Frampton, Edgar ha matado a lord Frampton! ¡Lady Frampton!

Llegó arriba, empujó la puerta del dormitorio, y entró, girando sus ojos enloquecidamente a todos lados… Pero la hermosa lady Frampton no estaba, allí. Todo seguía igual que cuando ella había estado por última vez en aquella habitación. Rosie se volvió y cerró la puerta con llave. Sin darse cuenta siquiera de lo que hacía, fue a mirar al cuarto de baño. Pero, ciertamente, tampoco allí estaba lady Frampton.

—¡Lady Frampton! —gritó.

Cualquier cosa era mejor que continuar en aquel castillo. ¡Cualquier cosa!

—¡Lady Frampton…!

Silencio total.

Era como si todo estuviese paralizado.

Todo el mundo.

Empezando por Rosie, que se quedó de pie, inmóvil en el centro del dormitorio, cubierta de sudor.

Lady Frampton no estaba allí. Entonces, ¿dónde estaba? Tenía que haberla oído gritar, forzosamente. ¿Y si estaba en aquella ala del castillo que no se utilizaba? Si era un fantasma, quizá en vida hubiese ocupado alguna de aquellas habitaciones, y ahora estuviese allí. Sí, quizá estuviese en alguna de aquellas habitaciones. No… No, no, no… porque no era un fantasma. Y tampoco lo había sido lord Frampton. Ni lo era Edgar, por supuesto.

Cientos de pensamientos fueron sucediéndose en la mente de

Rosie mientras permanecía allí de pie, como paralizada, empapada en un sudor que jamás, antes, había transpirado su cuerpo; el sudor de la angustia, del más terrible miedo.

Por fin, fue a sentarse en el borde de la cama y miró hacia la puerta. Sí, estaba cerrada, desde luego. Pero no era una puerta demasiado fuerte… La del salón si era fuerte. Era la más grande, la más bonita, la más fuerte de todas. Excepto la de la entrada principal, claro. Lo mejor que podía hacer era ir al salón y encerrarse allí, para esperar. Esperar…, ¿qué? Además, estaba el cadáver de lord Frampton, lleno de sangre.

—Tendré que volver a la cocina.

En realidad, era el mejor sitio, el más humano de la casa, quizá porque estaba destinado a menesteres estrictamente humanos: preparar comida. Lo demás eran actividades sofisticadas, leer, tocar el piano o escuchar discos, tomar unas copas… Todo esto no era estrictamente humano, sino que el ser humano había ido adquiriendo esas actividades a lo largo de muchos años. Pero comer era una necesidad básica para los animales, fuesen racionales o irracionales.

—Voy a volver a la cocina y me encerraré allí… No voy a salir de allí, pase lo que pase. Alguien vendrá alguna vez al castillo, y yo estaré allí, esperando. Estas personas no pueden ser los verdaderos Frampton… ¿O sí? Pero en este caso, Charly me habría mentido…

Esto le dio mucho que pensar. Allí había algo que no encajaba…, a menos que Charly no supiese que en un pozo del refugio había varias mujeres muertas. Quizá Charly las había llevado allí, había estado con ellas, y luego las había matado… No. No podía ser esto. En tal caso, también a ella la habría matado, y en cambio era él quien había muerto, ahorcado.

Todo debía ser cosa de Edgar. Pero entonces, ¿cómo era posible que Charly no se hubiese enterado de que en el refugio había muertas algunas mujeres?

Rosie movió la cabeza en gesto negativo. No entendía nada de nada.

Pero sí sabía que Edgar, enfurecido, había matado también a su amo, a lord Frampton. Y el motivo de su furia era que lord Frampton le había ordenado… volver a su tumba cuando lo que quería Edgar era estar con ella. Y si quería estar con ella, no podía

tardar en aparecer…

Se puso en pie sobresaltada, abrió la puerta del dormitorio, y miró a ambos lados del pasillo. No parecía que Edgar estuviese allí… Salió ya corriendo, y se lanzó escaleras abajo a toda velocidad, hacia el vestíbulo. Desde allí, siguió su velocísima marcha hacia la cocina.

Llegó, empujó la puerta, entró, y enseguida vio a lady Frampton.

Estaba tendida de bruces en el suelo, en el centro de la cocina.

Por debajo de su pecho salía una gran cantidad de sangre, y, junto a ella, en el suelo, había un hacha cuyo gran filo estaba manchado de sangre.

Una vez más paralizada de terror, Rosie estuvo contemplando el horrendo cuadro. De pronto, se dio cuenta de que la sangre seguía brotando del cuerpo de lady Frampton, de que seguía deslizándose por el suelo, ensanchándose el charco… Debía hacer muy poco que Edgar la había matado, de un hachazo en el pecho.

Es decir, que Edgar no podía estar muy lejos…

Rosie respingó ante este último pensamiento, dio media vuelta, y salió de la cocina, de nuevo corriendo, hacia el salón. Llegó allá, entró, se cerró, y respingó de nuevo: ¡había olvidado que allí estaba el cadáver de lord Frampton!

Miró hacia el rincón, y su boca quedó abierta en gesto estupefacto al no ver allá a lord Frampton… Pero enseguida comprendió: Edgar se lo había llevado a su fosa particular, allá abajo, en los subterráneos. Y seguramente, haría pronto lo mismo con lady Frampton. Iría metiendo en aquella tumba común a todos los que fuese matando…, incluida ella misma.

El golpe en la puerta, por fuera, le hizo dar un salto y un grito, volviéndose.

—¡Niña! —Oyó la voz de Edgar—. ¡Abre, niña…!

La boca de Rosie se abrió, pero el grito no llegó a brotar.

No. Era mejor estar callada. Quizá Edgar no supiese si ella estaba realmente allí.

—Te he visto —dijo Edgar, golpeando de nuevo la puerta—. Niña, te he visto, te quiero…

Rosie apagó la luz del salón, de modo que sólo quedó entonces la de la lámpara de pie junto a la cual había estado leyendo lord Frampton. Se acercó allí, y vio las manchas de sangre en el sillón, y

en la alfombra…

—Te quiero —decía Edgar—. ¡Te quiero mucho! Abre, niña.

Rosie apagó la luz de la lámpara de pie, y, mordiéndose los labios para no gritar, se acuclilló detrás del ensangrentado sillón. Quizá pudiese engañar a Edgar… Quizá. Aunque no parecía fácil, porque él seguía golpeando la puerta, diciéndole que la había visto, que la quería…

De pronto, dejó de insistir.

De nuevo el silencio total.

Rosie había tapado sus oídos con las manos, intentando impedir la llegada de los sonidos producidos por Edgar: los golpes, los gritos, los jadeos… Todo había llegado más amortiguado, ciertamente, pero había seguido oyendo. Ahora, no oía ya nada. Seguro. Fue separando las manos, y abriendo los ojos.

Silencio y oscuridad. Y no sabía qué era más pavoroso, si el silencio o la oscuridad.

¿Qué debía estar haciendo Edgar?

Contuvo la respiración, aguzó el oído, pero no oyó nada. Y de pronto, comprendió: Edgar había vuelto a la cocina, para cargar con el cadáver de lady Frampton y llevarlo al foso… Igual que había hecho con Charly, y con lord Frampton… Los iba matando y llevando al foso.

Rosie se estremeció. Ni una sola vez se había cruzado con Edgar mientras éste iba de un lado a otro de la casa. Edgar debía conocer la casa muy bien, sin duda, pero no comprendía cómo ella no lo había visto… Seguramente, él se escondía más de lord y lady Frampton que de ella…, hasta que había decidido rebelarse, y matarlos a los dos y luego a ella.

Pero no parecía que Edgar tuviese intenciones de entrar en el salón. Había pasado ya tiempo suficiente para que hubiese podido ir y volver de los subterráneos. Sí, estaba segura de que habían pasado ya por lo menos quince minutos; quizá más. Sí, quizá hasta media hora… Y Edgar no volvía. Qué extraño. Había matado a Charly quizá por celos. Y luego se había atrevido a matar a lord y lady Frampton, nada menos… ¿Y ahora desistía de llegar hasta ella?

—Estoy segura de que ha pasado ya media hora.

Pero todo seguía igual: silencio y oscuridad.

Un inesperado pensamiento erizó una vez más el vello de Rosie:

estaban en un castillo…, ¿y si existían en los muros pasadizos secretos, como en algunas películas…, y Edgar aparecía de pronto en el salón?

Un ruido la sobresaltó. Se irguió, y escuchó con atención, crispada… Podría ser quizá el mecanismo que estuviese abriendo alguna puerta secreta que…

No.

Volvió a oír el ruido, esta vez con más claridad, y localizándolo sin duda alguna: había sido en la puerta. En la puerta del salón, no en alguna otra que pudiera existir oculta, disimulada. El ruido volvió a repetirse. Y ahora fue ya inconfundible para Rosie: era el ruido de una llave en la cerradura.

Edgar había ido en busca de la llave del salón. Había ido en busca del manojo de llaves, y ahora estaba probando éstas en las cerraduras. Si existía aquella llave, Edgar podría entrar con toda facilidad.

—Que no esté en el llavero —imploró Rosie—: ¡Que no esté la llave del salón en el llavero!

Pero justo entonces la cerradura giró, y un rectángulo de luz procedente del vestíbulo pareció caer en el interior del salón. Rosie apretaba tanto los labios que le dolían los músculos faciales. Y cerrados los ojos, se encogía detrás del sillón como si quisiera concentrar tanto su materia que llegase a desaparecer, a esfumarse. Volvió a oír el ruido de la cerradura. Abrió los ojos, y los cerró inmediatamente bajo la luz central del salón. Le parecía que oía pasos cerca de ella, pero no estaba segura… Debían ser los latidos de su corazón, que resonaban con increíble fuerza en el pecho, en la cabeza, en la garganta: bom-bom, bom-bom, bom-bom, bom-bom…

Y eso era todo.

No oía nada más.

Absolutamente nada más.

—No ha entrado pensó—. Ha mirado desde la puerta, no me ha visto, y se ha marchado. Debe haber creído que mientras él llevaba a lady Frampton abajo, yo he escapado del salón.

Con gesto de desorbitada alegría, abrió los ojos.

—Te quiero —dijo Edgar—. Te quiero mucho…

Los ojos de Rosie se abrieron mucho más, girando en las órbitas, mostraron toda la zona blanca, y luego, de pronto, se abatieron los

párpados en el desmayo.

Pero para entonces, Rosie había visto ya a Edgar. Había visto su ojo blanco, como una bola de billar incrustada en la órbita, y su rostro lleno de cicatrices, su horrible cabellera, su joroba, sus repugnantes manos tendidas hacia ella…, y el otro ojo, el sano, pequeño y verde, como una diminuta esmeralda lanzando fríos destellos.

Capítulo VIII

—TE quiero —oyó apenas abrir los ojos—. Eres muy bonita.

Estaba viendo el techo, pero desvió la mirada hacia su derecha, y entonces volvió a ver a Edgar, de pie junto a ella. Cerró los ojos y gimió, aterrada.

Y gritó cuando una de sus manos notó aquel contacto áspero, que sólo podían ser las manos de Edgar.

—No te haré nada a ti —dijo él—. Niña, no te hará nada, porque te quiero… No grites más, no grites…

Pero Rosie seguía gritando, gritando, gritando…, hasta que aquel contacto que parecía de corteza de árbol se deslizó por su garganta. Inmediatamente, Rosie quedó muda. Abrió los ojos de nuevo, y vio aquel rostro inclinado sobre ella. Sí, ella estaba tendida en el sofá, y Edgar estaba a su lado, inclinado, mirándola; había puesto una mano en su garganta, la iba a estrangular.

—No te haré daño —insistía él—. Seré bueno contigo, niña.

Deslizó la mano hacia su pecho, y Rosie no se movió. No podía ahora apartar la mirada de aquel ojo verde y pequeño, que parecía un fuego maligno entre las cicatrices. Subconscientemente sorprendida, se dijo que Edgar estaba sonriendo. Sí, aquella debía ser una sonrisa. Se veían los dientes negruzcos, desportillados y separados, muy salientes en las rojas encías.

—No me tengas miedo —suplicó Edgar—. Por favor niña, no me tengas miedo. ¿Me tienes miedo?

Rosie se apresuró a mover negativamente la cabeza, en grandiosa mentira.

—Las otras no me gustaban, pero tú sí —dijo Edgar—. Eres la única que me ha gustado. ¿Quieres que escuchemos música? Y he traído champaña del frigorífico… ¿Quieres champaña?

Rosie volvió a mover negativamente la cabeza. No, no quería champán, ni música. No quería nada…, excepto escapar.

—Vamos a beber los dos —dijo Edgar, reflexivo—: A mí me gusta mucho, pero al amo no le gusta que beba. Ahora puedo beber mucho, y tú beberás conmigo, niña…

Se irguió…, en lo posible, y caminó renqueando hacia la mesita redonda, donde Rosie vio la botella de champaña y copas. Se estremeció tan sólo viendo caminar a Edgar. Luego, volvió la mirada hacia la puerta, y, sin pensarlo dos veces, saltó del sofá y corrió hacia allá. Asió la manilla, la bajó ya dando un tirón…, y su mano resbaló sobre el bronce, dolorida, mientras la puerta permanecía cerrada.

Se volvió para mirar a Edgar, que acudía trotando hacia ella, como un horripilante bicho gigantesco, cojo, tuerto, jorobado, lacerado… No supo reaccionar a tiempo, no pudo impedir que las fuertes manos de él se clavaran en sus brazos, y la sacudiera.

—¿Por qué no quieres estar conmigo? —Gritó—, ¿Por qué quieres marcharte, si yo quiero darte de todo? ¡Te voy a matar como a las otras si no quieres estar conmigo! ¡Te voy a…!

Rosie rompió a llorar, y Edgar dejó de sacudirla. La soltó, y quedó ante ella, encorvado, ladeando la cabeza para poder mirarla de abajo a arriba.

—No llores —pidió—. Niña, no llores. Estarás bien conmigo, soy bueno. Ven… Ven a sentarte…

La tomó de una mano, y ella se dejó llevar, sin verlo ahora, porque tenía los ojos cegados por las lágrimas. Él la sentó de nuevo en el sofá, y se dirigió hacia la mesita, caminando con una especie de vaivén saltarín, agitando su joroba, perdiendo el equilibrio a derecha e izquierda, como si fuese a caer de un momento a otro.

Escanció champaña en dos copas, y volvió a correr hacia ella, igual que un perro fiel que corriese al encuentro de su amo, salpicando a todos lados.

—Bebe —pidió—. Pasaremos la velada juntos, y estaremos muy bien.

Rosie no podía moverse. ¿Pasar la velada juntos? ¿Qué clase de horribles ideas tenía el monstruo?

—¿No quieres beber?

Se apresuró a tomar la copa, sobresaltada. Edgar se sentó a su

lado, y cruzó las piernas, con un ademán que parecía querer ser desenvuelto.

—Pondremos música de la buena, y nos deleitaremos —dijo con voz aguda—. La música es buena. El champaña también es bueno… Sí, es de una buena cosecha francesa… ¿Chopin, Beethoven, Mozart, Bach…?

La miraba.

La miraba fijamente, con la copa en alto, mientras preguntaba qué compositor prefería. La miraba con una fijeza terrible, y sus dedos velludos se estremecían, y su boca se contraía, y había en su ojo verde una expresión de intensa felicidad.

Lenta, muy lentamente, la verdad fue adquiriendo luz en la mente de Rosie. La sorprendente, desconcertante y tragicómica verdad: Edgar estaba imitando a alguien. Quizá a lord Frampton, quizá solamente a Charly… El horrendo personaje estaba intentando ser un hombre culto, ameno, que sabía muchas cosas, que tenía gustos exquisitos… El monstruo Edgar quería parecer un hombre de mundo, desenvuelto, agradable, dispuesto a gozar de las delicias de la vida. Pero sus modales, que intentaban ser un duplicado de los de su amo o de los de Charly, resultaban grotescos. Era lo mismo que si un mono intentase hacer juegos de manos complicadísimos. En aquellos instantes, Edgar se sentía como un lord teniendo una encantadora aventura que él afrontaba con gracia y elegancia.

Aquel desdichado ser estaba ocupando…, intentando ocupar un lugar que seguramente había envidiado durante mucho, muchísimo tiempo… Era como un pobre loco, y Rosie vio en esto su única posibilidad de salvación.

—Beethoven —murmuró.

—Ah, Beethoven —"sonrió" Edgar—. Ludwig van Beethoven, uno de los mejores creadores del mundo. ¿Tienes alguna pieza preferida de él.

Hacía mil años que aquello había sucedido, o al menos así se lo había parecido a Rosie, pero consiguió recordar:

—Appassionata.

—Sí… ¡Sí, sí, sí…! ¡Buena elección! Pero…, ¿no bebes este magnífico champaña?

—Sí… Sí.

Bebió un sorbito, y se sorprendió de que le gustase. Estaba frío, y, realmente, era bueno. La misma marca que había bebido con el pobre Charly.

—Excelente —dijo Edgar, con la barbilla húmeda de champaña —, ¿No te parece excelente, niña?

—Sí… Es excelente.

—Espero que lo hayas encontrado en su punto de frío.

—Sí… Así es, sí.

—Luego te enseñaré la bodega, si quieres. ¿O ya la conoces?

—No.

—Se construyó aprovechando uno de los tramos del refugio. Había una antes, debajo de la cocina, pero resultaba pequeña, así que habilitamos una en el refugio. Allí hay un buen punto de frío… El adecuado.

Rosie asintió. Edgar estaba hablando como el alumno que no sabe lo que dice, pero que lleva muy bien aprendida la lección. ¿Cuántas veces habría oído a Charly o a lord Frampton hablando así?

—¿Quieres más?

Rosie estuvo a punto de decir que no, pero tendió su copa, resuelta, mientras comenzaba a dar forma a su plan recién ocurrido. A Edgar le gustaba mucho el champaña. Pues bien: le iba a hacer beber hasta que cayera al suelo, y entonces podría marcharse, ya que no debía temer nada del exterior una vez Edgar estuviese borracho dentro del castillo.

—Sí, quiero más, gracias —intentó sonreír.

—¿Qué bonita eres… ¡Qué bonita!

—Gracias, Edgar.

El monstruo se puso en pie, radiante de felicidad, y fue de nuevo a la mesita donde estaba el champaña, llenando otra vez las copas, hasta el mismo borde…, de modo que el champaña salpicó a todos lados, como antes, cuando se acercó a ella. Rosie lo miraba con atención ahora, cada vez menos asustada. De un modo u otro, aquel pobre ser estaba dispuesto a pasar una velada inolvidable. Parecía no tener conciencia de nada más, de nada de lo que había ocurrido antes. Había matado a Charly, y a lord y lady Frampton, o quienes fuesen, pero ya lo debía haber olvidado. Y todavía más olvidadas en

su pobre mente debían estar aquellas mujeres del foso.

—Sigamos saboreando este dorado néctar —dijo él.

Cada vez más sorprendida, Rosie se encontró con ganas de reír. Edgar seguía siendo horrible, estremecedor, pero la situación podía cambiar a poco que ella se lo propusiera. Recordó las palabras de lady Frampton respecto a que si se le sabía tratar, Edgar era la bondad personificada. Sólo había que ser dulce con él…, y podría manejarlo como quisiera.

—Gracias, Edgar —repitió—. Empiezo a estar a gusto contigo.

Edgar se quedó mirándola fijamente. El párpado del ojo verde se agitaba en velocísimo parpadeo, como si fuese la puerta que admitiera en el cerebro las palabras de la bella muchacha.

—¿Ya no me tienes miedo? —preguntó.

—No, Edgar, ya no… Es que… al principio, me asusté. Pero ya no tengo miedo.

—¿Y por qué antes te asustaste de mí?

—No sé.

—El amo dice que soy una bestia repugnante.

Rosie tuvo que tragar saliva.

—No es cierto —procuró que su voz no temblase ante tal mentira—. Lo debe decir para molestarte cuando no le obedeces.

—Ah —Edgar quedó pensativo, según parecía—. Pero eso no debe hacerse, ¿verdad?

—Yo creo que no, Edgar.

—El amo me ha pegado a veces con el látigo.

—Eso tampoco debe hacerse.

—No —Edgar movió la cabeza, perplejo—. No debe hacerse, pero el amo lo hace. Aunque…, yo sé por qué lo ha estado haciendo todos estos años.

—¿Por qué?

—Bebe… Bebe, niña. Es una buena cosecha.

Rosie no se hizo repetir la invitación. Bebió, con cautela, mientras observaba a Edgar beber de un solo trago todo el contenido de su copa.

—¿Quieres fumar? —ofreció él, tras chascar la lengua.

—Bueno.

De nuevo trotó Edgar, en busca de cigarrillos. Cuando le ofreció la llamita del encendedor que había sido de Charly, Rosie procuró

no mirar su mano, negra y velluda. Parecía… como de corteza, de cuero mismo. Sí, parecía realmente una zarpa de mono. Luego, Edgar encendió un cigarrillo para sí, torpemente, y comenzó a fumar como si quisiera terminar el cigarrillo en pocos segundos. La miró de pronto, la vio mirándolo, y volvió a cruzar las piernas con aquel ademán desconsoladamente grotesco.

—Yo era muy hermoso —dijo.

Rosie le miró sobresaltada. No debía haber oído bien, claro.

—Yo era más hermoso que lord Frampton —siguió él—. Y hasta más hermoso que Charly. Pero de eso hace mucho tiempo… Mucho tiempo. Oh, no he puesto la música.

—Es igual, Edgar.

—No, no… Hay que poner música… La música es lo más hermoso del mundo…, después de ti, niña.

Paradójicamente, Rosie empezó a sentirse mala.

—Gracias, Edgar. Eres muy amable.

—¿Te gusta ahora estar conmigo, conversando?

—Mucho.

—Voy a poner la música.

Se fue hacia el tocadiscos, y Rosie pensó que ni siquiera sabría elegir el disco que ella había pedido. Pero se equivocó: Edgar acercó a su ojo verde dos discos antes de que asintiese al acercar el tercero. Lo puso en el aparato, y Rosie recordó enseguida la sonata de Beethoven:

Appassionata. Sí, esta era la música, sin duda.

—Es maravillosa, ¿verdad? —recitó Edgar.

—En efecto.

—Luego escucharemos más. ¿Querrás?

—Oh, sí.

De nuevo trotó Edgar hacia el sofá, se sentó a su lado, y volvió a decir:

—Yo era muy hermoso.

—Estoy segura de ello, Edgar.

—Pero el amo… el amo tenía celos de mí. Sí, tenía celos de mí, porque lady Frampton dejó de amarlo a él. Se enamoró de mí, y entonces… Entonces, ella y yo nos amamos mucho… Cuando el amo se enteró, me llevó a los refugios con una mentira, y me disparó con una pistola. Me disparó muchas Veces, pero no podía

matarme. Yo le decía que aunque me matase, lady Frampton ya no le amaría nunca más, porque sólo podía amarme a mí. Entonces… lord Frampton decidió no matarme. Me dejó allí abajo, encadenado, y luego estuvo muchos días curándome las heridas de las balas…

—¿Te… te perdonó? —tembló la voz de Rosie.

—No… ¡No! Era muy malo…, debía matarlo antes. No me perdonó. Me dijo… me dijo que yo iba a convencerme de que lady Frampton jamás podría pensar en mí con amor, porque iba a destruir la imagen que ella tenía de mí. Yo era tan hermoso… Pero luego ya no lo fui, porque el amo me destrozó. Venía todos los días, con el látigo y con palos… Me azotaba y me golpeaba todos los días, y me rompió la espalda, y las piernas, y me quemó la cara, me arrancó un ojo, y me… ¿Tienes miedo, niña?

Rosie, que había retrocedido en el sofá hacia el otro extremo, negó como pudo con la cabeza.

—Pero estás muy pálida, niña… Y tienes miedo en los ojos, sí… Tienes miedo de mí, ¿verdad?

—No… —Casi gritó Rosie—. De verdad que no, Edgar: ya no tengo miedo de ti. Es que… me parece tan horrible lo que me estás contando… ¡lord Frampton era muy malo, has hecho bien en matarlo!

—¿Sí? ¿De verdad? ¿De verdad, niña?

—Sí… Sí, Edgar, sí.

—Eres buena —murmuró el monstruo—. Tú eres muy buena y muy bonita. Te quiero… Y tú me querrías también si yo fuese como antes. Pero sé que ahora no puedes quererme… ¿Verdad?

—Sí… Creo que sí podría quererte, Edgar.

—Me estás engañando…

—No, no —se sobresaltó Rosie—. ¡De verdad que puedo quererte, Edgar!

El monstruo bajó la cabeza, como avergonzado.

—¿Me darías un beso? —susurró.

Rosie estuvo a punto de gritar, de ponerse en pie de un salto, estremecida de espanto. Pero comprendió que estaba controlando a Edgar, que si seguía soportando un poco más su presencia, confiándolo, muy pronto podría escapar de allí.

—Sí, Edgar.

Este alzó la cabeza, ladeándola, centelleante su ojo verde.

—Dame un beso —suplicó.

Rosie casi no podía moverse. Pero él la miraba fijamente, y comprendió que no podía vacilar. No podía cometer el menor fallo. En cuanto Edgar se diese cuenta de que le estaba mintiendo, podía cometer cualquier barbaridad. Así que volvió a acercarse a él, y se inclinó hacia su mejilla llena de cicatrices… Pero Edgar giró el rostro, de modo que fue su horrible boca la que quedó delante de la muchacha. Una boca que tembló en la petición:

—Dame un beso… Un beso de amor, niña…

Rosie cerró los ojos, y adelantó un poco su rostro. El de Edgar acudió a su encuentro, y los labios de ambos es tocaron. Rosie estaba convencida de que su pecho iba a estallar, de que de un momento a otro iba a gritar, y se apartaría de Edgar de un salto, y correría enloquecida, y se golpearía contra la pared hasta matarse antes que… Pero permaneció inmóvil, besando aquellos horrendos labios…, quizá porque Edgar había puesto las manos en sus hombros, y la sujetaba, suavemente, pero con una fuerza que ella conocía muy bien.

La cabeza de Rosie daba vueltas, y sentía todo el cuerpo como congelado, y la garganta petrificada. No podía ni respirar.

—Voy a morir —pensó—. Voy a morir ahora mismo, de asco y de miedo. ¡Voy a…!

Edgar se apartó entonces, y ella abrió los ojos. Edgar la miraba, y "sonreía".

—Eres muy bonita y muy dulce —dijo—. Vamos a ser muy felices los dos, juntos aquí para siempre.

—¿Pa… para… siempre?

—Nadie vendrá nunca aquí. Y siempre, siempre, siempre, tú y yo estaremos juntos. Me has besado… Eres buena y hermosa. Yo te querré también siempre. ¿Estás contenta?

—Sí, Edgar. Estoy tan contenta que quisiera… beber un poco más de champaña.

—¡Sí! —Exclamó él, jubiloso—, ¡Sí, bebamos más champaña, porque nadie puede impedírnoslo ahora, y porque estamos contentos! Yo te voy a servir, niña.

—Eres muy amable. ¡Tengo tanta sed que me bebería dos o tres botellas, Edgar!

—Te haría daño —se preocupó él.

—No, no… ¡Oh, se puede beber mucho champaña, y no hace daño! Sólo se pone uno muy contento, se siente más feliz, y canta y ríe…

—¿Cantarías y reirías?

—Sí. Y tú también Edgar.

—¿Yo cantaría y reiría?

—Sí, sí. Se obtiene una gran felicidad, una gran alegría.

—¡Voy a buscar más champaña! —Se puso en pie de un salto Edgar—. ¡Voy a traer mucho, mucho champaña! ¿No te irás?

—No, Edgar. Quiero ser feliz a tu lado.

El monstruo comenzó a dar saltos, emitiendo sonidos que muy bien podía ser risa. Poseído de un júbilo frenético, llegó a la puerta, sacó la llave de un bolsillo, la abrió y salió…, pero cerró por fuera. A través de la gruesa puerta, Rosie estuvo oyendo todavía unos segundos sus gritos de alegría, sus exclamaciones…

Luego, una vez más el silencio total.

Se puso en pie, y miró a todos lados, como si pudiese encontrar alguna solución… Pero, todavía no la había encontrado cuando comenzó a oír de nuevo a Edgar, que regresaba todavía gritando su alegría. La puerta se abrió, y, desde el umbral, Edgar se quedó mirándola, sonriente, felicísimo. Traía cuatro botellas: dos debajo del brazo, y dos sujetas por el cuello entre los dedos de la mano izquierda. En la derecha tenía la llave. Entró, cerró de nuevo, guardó la llave en el bolsillo, y tomó entonces dos botellas con la mano derecha.

—¡Mira! —exclamó—. ¡Cantaremos y reiremos mucho!

Se acercó al sofá, dando aquellos grotescos saltos de bufón contrahecho, sin dejar de lanzar exclamaciones de alegría. Rosie estaba ya decidida a llevar su plan hasta las últimas consecuencias, así que volvió a sentarse en el sofá, y lo miró, sonriente, mientras él dejaba la botella sobre la mesita. Luego, en lugar de servir champaña en las dos copas, alzó la mesita y la llevó junto al sofá, diciendo:

—Cantaremos y reiremos y seremos felices… ¡Voy a ser muy feliz contigo, niña!

Pasó entre la mesita y el sofá, y se sentó una vez más junto a la muchacha. Ella sonrió intentando parecer lo más dulce posible.

—Deja que sea yo ahora quien te sirva a ti, Edgar.

—Sí… ¡Sí!

Con mano aceptablemente firme, Rosie sirvió de nuevo champaña en dos copas, y tendió una a Edgar, que la miraba ahora con expresión nueva: regocijada, cruel, maliciosa…

—Bebamos, Edgar…

—Sí —rio él—. Bebamos. ¡Bebamos mucho, a ver si consigues emborracharme para poder escapar!

Capítulo IX

ROSIE quedó petrificada de miedo. ¿Cómo había podido aquel torpe y monstruoso ser adivinar sus pensamientos, sus intenciones?

La copa que tenía en la mano comenzó a temblar violentamente, vertiendo el champaña sobre su vestido. Sabía que estaba pálida una vez más, porque notaba un intenso frío en el rostro…

—¡Ji, ji, ji! —rio Edgar agudamente—. ¡Querías engañarme! ¡Querías engañarme a mí! ¡A mí, que he tenido aquí mujeres mucho más listas que tú, con muchísima más experiencia! ¡Querías engañarme a mí!

—No —pudo jadear Rosie—. No, Edgar, no…

—¡Sí! ¡Querías emborracharme, para no tener que estar conmigo toda la velada!

—No, Edgar, yo…

—¡No me mientas! —De un fortísimo manotazo, Edgar arrancó la copa de la mano de Rosie, lanzándola lejos, rota—. ¡No puedes mentirme a mí! ¡Estoy viendo el espanto en tus ojos, y eso es precisamente lo que quiero, lo que me gusta! ¡Eso es lo que me gusta de todo esto! ¿Qué es el amor? ¡Siempre una mentira, una actitud de un momento determinado! ¡Las mujeres sólo sabéis amaros a vosotras mismas, descubrí esto hace tiempo! ¡Y por eso, las traigo aquí, las asusto, las hago estremecerse de terror, y entonces es cuando yo hago lo que…!

Rosie quiso, ponerse en pie, y escapar, gritando enloquecida, pero Edgar la asió de la ropa, dio un tirón, y la sentó, quedándose con la mitad del vestido en la mano, inmediatamente, se echó sobre ella, y su boca quedó a dos dedos de distancia de la de Rosie.

—No vas a poder escapar —jadeó—. ¡Nunca más podrás escapar, ni mentir amor a nadie, porque yo voy a ser el último! ¡Eso

es lo que merecéis todas, y esa es mi única diversión! ¡Voy a hacer contigo lo que quiera, y luego te mataré, y te…!

Su boca estaba lanzando espuma sobre la de Rosie, que intentaba en vano zafarse de la presión del cuerpo del jorobado. Tenía libre sólo el brazo derecho, colgando fuera del sofá, y comenzó a golpear con la fuerza del horror la joroba, que sonaba blandamente, y se hundía bajo sus golpes, que en modo alguno parecían afectar a Edgar. La boca de éste llegó por fin a la de Rosie, y ella dejó de golpearle, casi desvanecida de miedo y asco. Desesperada, movió el brazo…, y su mano encontró algo duro y frío.

Comprendió inmediatamente lo que era: una botella de champaña. Una botella de grueso y fuerte vidrio.

Con dedos crispados, la asió por el cuello, y la bajó como si quisiera golpearse su propio rostro. Mas, como encima de su rostro estaba la cabeza de Edgar, la botella golpeó allí, un poco por encima de la nuca. Edgar dejó de besarla, y se irguió, lanzando un rugido de dolor… Por un instante, Rosie vio ante ella aquel rostro lleno de cicatrices, el ojo verde como velado… Sin vacilar, volvió a golpear, ahora de frente, con todas sus fuerzas. La botella dio en la frente de Edgar, y lo tiró hacia atrás y fuera del sofá, derribando la mesita, las botellas, mientras su ojo grande, espantosamente grande y blanco, saltaba de la cuenca y caía al suelo, alejándose de allí, rebotando extrañamente, como si fuese una pelota de ping-pong.

Rosie estuvo unos segundos oyendo aquellos rebotes graciosos, pero fija su mirada en Edgar, que había quedado tendido en el suelo, a su lado, cara al techo, muy abiertos los ojos… Sí, los dos ojos. Tenía dos ojos. Uno de ellos era pequeño y verde. El otro era grande, oscuro.

Plink-plink-plink-plink…, terminó de rebotar el ojo blanco de Edgar. Rosie miró hacia allí sin saber lo que estaba haciendo. Parecía una pelota de ping-pong, luego, volvió a mirar a Edgar, que tenía dos ojos. Dos ojos, que había tenido tres… Tres ojos. No, claro, no era posible.

Dejó caer la botella, y cayó de rodillas junto a Edgar. Le oía respirar. Pero estaba sin sentido, claro. Claro, con aquel par de botellazos… Y la botella ni siquiera se había roto. Pero el ojo de Edgar había saltado, y ahora tenía dos ojos… Uno de ellos era

grande, y oscuro.

Rosie miraba tan atentamente aquel ojo que todavía tardó unos segundos más en darse cuenta de otro extraño hecho: Edgar tenía cabellos blancos por debajo de su asquerosa pelambrera; los veía en la sien derecha... Puso la mano allí, y tocó los cabellos. Luego, de un tirón, arrancó la peluca que llevaba Edgar, dejando al descubierto unos cabellos muy bien peinados y cortados, oscuros, pero con atractivas canas en las sienes. Estuvo de nuevo inmóvil unos segundos, sin comprender todavía, antes de mirar el ojo verde de Edgar. Le separó los párpados con dos dedos..., y retiró la lentilla de tono verde. Ahora, Edgar tenía dos grandes ojos oscuros, normales. Y ella recordaba aquellos ojos, y aquellos cabellos, aquella nueva forma de la cabeza de Edgar.

Con las uñas, separó de la cara una goma delgada, que estaba adherida suavemente. A medida que tiraba, todas las cicatrices se iban separando, en bloque. Luego, hizo lo mismo con las del otro lado... Con una extraña serenidad. Rosie retiró también la dentadura postiza, y resultó que Edgar Labia estado ocultando unos dientes blancos, bien cuidados, bonitos.

Sólo que no era Edgar ahora.

Ahora, era Charly.

Era Charly.

Era Charly.

Era Charly.

Era Charly, pero jorobado. Y Charly no había sido jorobado, sino muy erguido, hermoso y atlético.

Rosie separó entonces los andrajos que cubrían el torso de Edgar, y vio los tirantes de cuero que pasaban por los hombros y el pecho, forzándolo hacia delante. Le quitó aquellos andrajos, y vio la joroba, que era sólo una bola hecha con ropa.

Era Charly.

Le quitó los tirantes de cuero, y el cuerpo de Edgar se extendió, mientras la joroba caía a un lado. Rosie ya no se asombraba por nada, no se asustaba por nada... Edgar-Charly gimió, se movió, y eso la hizo respingar. A toda prisa, con los tirantes de cuero, se dispuso a atarle las manos a la espalda. Lo colocó boca abajo, le puso las manos cruzadas a la espalda, y comenzó a atarlas. Las pavorosas manos de Edgar..., que eran solamente unos guantes. Se

los quitó, y ató las muñecas con fuerza, una contra otra, con todas las vueltas que le permitían los tirantes. Luego, lo empujó, dejándolo otra vez cara al techo, y se quedó mirando el hermoso rostro de Charly.

—Tengo que marcharme —pensó, con mucha calma—. Él tiene la llave de la puerta del salón, así que se la quito, salgo de aquí, luego salgo por la cocina, voy al garaje, subo al coche y regreso a Londres. Debe ser ya muy tarde, mis padres no me verán llegar y no me oirán tampoco. Ya están acostumbrados… Dejaré el coche muy lejos de casa, y nunca nadie sabrá nada.

En realidad, no lo pensó de mi modo consciente. Fue sólo un proyecto velocísimo, todos los pensamientos a la vez, como en una disparatada imagen múltiple. Pero eso era lo que iba a hacer, desde luego.

Buscó en los bolsillos de Charly, y encontró la llave. Lo único que le quedaba por hacer, era marcharse.

Pero entonces, Rosie se sorprendió a sí misma mirando a Charly fijamente, mientras notaba en su pecho lo que sólo podía definir como una hoguera. Así estuvo hasta que él alzó la cabeza, suspiró, y quiso ponerse en pie… Al mismo tiempo que comprendía que tenía las manos sujetas a la espalda, Charly veía a Rosie, mirándolo.

—Hola —sonrió amablemente—. ¿Qué tal, Rosie?

—Muy bien, Edgar —dijo ella—. ¿Y tú?

—Creo que me duele la cabeza —rio forzadamente él—. Pero se me pasará pronto. ¿Qué pasa con mis manos? ¿Me has atado?

—Así es, Edgar.

—Bueno, no seas rencorosa, niña… Ha sido todo una broma.

—Ah —Rosie asintió con la cabeza—. Sí, entiendo: una broma, Edgar.

—Claro.

—Ya… ¿Y dónde está la gracia de la broma?

—Comprendo que te ha podido parecer un poco pesada, pero te aseguro que sólo ha sido una broma.

—Edgar —ella se sentó en el suelo, cerca de él—: explícame la broma, por favor. No la entiendo muy bien. ¿Quieres decir, por ejemplo, que aquellas mujeres muertas no eran de verdad?

—Bueno…

—Oh, pero eso no es cierto. Rosie. ¡Yo soy lady Frampton, y soy

también lord Frampton! Las manchas no eran de sangre, sino de jugo de tomate… Todo lo he estado haciendo yo, yo solo. Cuando creías hablar con aquel hombre por teléfono, era yo también…

—Era parte de la broma.

—Sí, sí.

—Empieza a parecerme divertida —sonrió Rosie—. Sigue… ¿Y cuando estuve hablando con Edgar y con lord Frampton a la vez, por teléfono?

—También era yo, naturalmente, que hablaba con voces distintas. Primero me disfracé como Edgar, luego como lady Frampton, después como lord Frampton, luego otra vez como Edgar… No es cierto que estuviese ahorcado. Tengo un aparato que coloco en mi pecho, del que salen unos ganchos por la nuca, y aparezco ahorcado, pero no es así, Rosie. Te lo hice creer para poder luego moverme libremente por el castillo, tomando varias personalidades. Esa es la verdad.

—O sea, que en efecto, he estado todo el tiempo a solas con Charly.

—Claro.

—¿Y el ruido de cadenas, los gemidos?

—Oh, tengo una cinta grabada con cosas así.

—Ah… Claro. Pero yo podría haber escapado, gracias a las llaves que encontré, y no habrías podido hacer la broma.

—Sólo encontraste las llaves que yo quería que encontrases.

—¿Incluso la del refugio, donde está la fosa?

—Sí… sí.

—Pero cuando pasé no estaba la fosa, Edgar.

—Estaba tapada. Luego la destapé, y me senté allí.

—Parecías muerto, con los ojos saltones, y la cara tan amoratada.

—Eran ojos de celuloide, como el de Edgar. Lo demás, tinte de maquillaje.

—Pero la lengua, tan hinchada…

—Oh, era de trapo.

—Ya… Ya, ya, ya. Voy entendiendo. Eres todo un actor, Edgar.

—Sí —rio él—. Es lo que más me gusta. Cuando empiezo a notar una de mis crisis, me preparo un fin de semana.

—¿Y las mujeres muertas, algunas medio corrompidas? ¿No son

de verdad?

—No… No, no.

—Son de verdad, Edgar: me estás mintiendo. Y si me mientes, iré a la cocina a buscar un cuchillo, y te mataré. Te juro que te mataré, Edgar.

—No… Espera, Rosie, espera… Vamos a llegar a un acuerdo, ya verás… Te voy a decir la verdad a ti.

—Si lo haces, llegaremos a un acuerdo, Edgar. ¿Cuál es la verdad?

—Ellas… ellas son de verdad. Yo las traía aquí, les… les hacía la broma, y después, cuando ya había ocurrido todo lo que yo quería, las mataba.

—¿Y por qué has hecho todo eso, Edgar?

—Porque me gusta —brillaron los ojos de él—. Me encanta ver el terror en los ojos de los demás, gozo con ello más que con nada en la vida. Así que de cuando en cuando, me quedo solo en el castillo y gozo viendo el miedo de esas mujeres. Pero son crisis, Rosie… Sólo son crisis, que pasan pronto.

—Quieres decir que padeces… locuras temporales.

—Sí, eso es. Entonces, me dejan solo en el castillo unos días, y así no perjudico a ninguno de los míos. Procuro que se vayan todos, y así… quedo libre para… expansionarme.

—Expansionarte… Edgar: tú eres un loco sádico, ¿lo sabías?

—Rosie, sólo cuando tengo las crisis…

—Pero tú sabes que tienes esas crisis, Edgar. Deberías haberte recluido, ¿no crees?

—¡No! ¡Yo tengo derecho a vivir, a…!

—A vivir, sí. A matar no. Estás loco… Deberías estar encerrado, sometido a vigilancia médica. ¿No te parece?

—¡No! ¡Yo tengo derecho a todo, a todo!

—Yo también, Edgar.

—Sí… Sí, Rosie, lo que tú digas… Tengo mucho dinero, Rosie.

—Yo no —murmuró ella.

—Te daré lo que quieras… ¡Lo que quieras! Pídeme la cantidad que quieras, serás rica…

—Y tú podrás seguir teniendo tus… crisis.

—¡Es un acuerdo! ¡Has dicho que llegaríamos a un acuerdo! —se puso en pie trabajosamente, dando tirones a las correas que

sujetaban sus manos a la espalda, en vano—. ¡Tenemos que llegar a un acuerdo, Rosie! ¡No puedes clavarme un cuchillo!

—No —se estremeció ella—. No podría, es cierto. Pero sí puedo avisar a la policía, esta vez de verdad.

—¡No lo hagas! ¡Te daré tanto dinero que nunca podrás gastarlo, aunque vivas como una reina! ¡Rosie, no lo hagas! ¡Suéltame, y llegaremos a un acuerdo!

—Sí —murmuró ella—. Creo que es lo mejor, Edgar: vamos a llegar a un acuerdo.

Capítulo X

ROSIE ni siquiera se movió cuando sonó la llamada a la puerta de su apartamento. Ni tan siquiera sus ojos se movieron.

Casi toda la noche había permanecido sentada en su lecho, con los ojos muy abiertos, fumando de Cuando en cuando, pensando, recordando…

Allí, en su alegre y confortable apartamento, las cosas anteriores parecían muy lejanas, irreales incluso.

Sí.

Irreales.

Quizá todo había sido un sueño…

Pero no. No había sido un sueño, desde luego. Recordaba cuando había salido del castillo, bajo la lluvia, y había corrido hacia el garaje. Luego, había regresado con el coche de Charly, que había dejado lejos, muy lejos…

El timbre de la puerta del apartamento volvió a sonar. Rosie parpadeó, y se pasó una mano por la cara. ¿Quién podía ser, tan temprano?

Saltó de la cama, y fue hacia la puerta, Al mirar por el diminuto agujero de la mirilla gran angular, lanzó una exclamación y abrió inmediatamente, sin recordar que estaba poco menos que desnuda, con aquella camisita de dormir que más bien era un "juguete íntimo".

—Lucian… —musitó.

Lucian entró, cerró la puerta, y la miró de arriba a abajo, primero con expresión preocupada, anhelante.

Luego, cuando realmente se dio cuenta de lo que estaba viendo, desvió la mirada.

—¿Estás bien? —susurró.

—¿Yo? Claro…

—Bueno… Te estuve llamando hasta muy tarde, y no contestabas… Llegué a temer que hubieses tenido un accidente. ¿De verdad estás bien?

—Ya ves que sí —sonrió Rosie.

Lucian volvió a mirarla, y sonrió también.

—¿Quieres café? —rio la muchacha.

—Preferiría algo más sedante, en vista de las circunstancias.

—¿Qué circunstancias?

—Tu indumentaria, por ejemplo.

—Oh, no seas tonto… ¡No me digas que esto te impresiona!

—Debo ser tonto, porque sí, me impresiona. Mejor dicho: me gusta demasiado para…

—Frena, frena, frena —volvió a reír Rosie—. Aunque es muy temprano, si quieres prepararé té en lugar de café.

—Daría lo mismo —Lucian siguió a Rosie hacia la pequeña cocina—. ¿Dónde has estado toda la noche?

—Toda la noche, no. Sólo estuve ausente unas pocas horas.

—Está bien. Pero…, ¿dónde?

—Estuve con Charly.

—¿Con quién?

—Con Charly… ¡El del anuncio en Young Life!

—Ah… ¡Oh, demonios, lo había olvidado! Vaya… Con Charly, ¿eh?

—Así es. ¿Tienes cerillas?

Estaban ya en la cocina. Lucian le entregó, su encendedor y Rosie prendió uno de los hornillos, de la cocina. Se lo devolvió, y él aprovechó para sujetarle la mano.

—Rosie —se tensó su voz—: ¿qué ha pasado?

—¿Tienes celos? —susurró ella.

—Sí. Tuvimos una conversación seria que terminó de un modo estúpido. Quiero arreglar definitivamente eso…

Pero también quiero saber qué ha pasado entre tú y Charly.

—Me llevó a su casa. Un… precioso chalé. Lleno de flores, alegre, pequeño, confortable…

—¡Rosie!

—No seas tonto… —ella le echó los brazos al cuello—. No pasó nada, te lo aseguro. En cambio, ahora, podrían… pasar… tantas

cosas…

Lucian fue a hablar, pero ella se lo impidió, besándolo en los labios. Los brazos de Lucian rodearon inmediatamente el esbelto cuerpo, apretándolo contra el suyo, con fuerza. Le pareció que Rosie temblaba, pero lo atribuyó a la emoción del momento… Un momento que parecía que iba a eternizarse…

Por fin, ella se apartó, suspirando.

—Tengo… tengo que preparar el café…

—¿Qué pasó con Charly?

—Ya te he dicho que nada. Me llevó a su chalé, pero los dos sabíamos que aquello no podía cuajar. Era un hombre muy amable, pero… incompatible conmigo. Me invitó a champaña, charlamos un poco. Luego, regresé. Era imposible que Charly y yo nos entendiésemos, pero finalmente llegamos a un acuerdo.

—¿Qué acuerdo? —casi gritó Lucian.

—Pues… él se quedó, y yo me marché. Sí, eso fue… Él se quedó allí, en su casa, y yo me marché. Así de sencillo.

—Entonces… ¿no pasó nada?

—Absolutamente nada que el buen Charly no mereciese. Era un granujilla al que supe darle su merecido. A fin de cuentas, todo esto ha servido para que me convenza de una vez por todas de que te amo a ti, Lucian…

Lucian no pudo seguir preguntando, porque Rosie volvió a ofrecerle sus labios.

Y no tomaron café.

Ni té.

Este es el final

LOS dos coches se detuvieron delante de la mansión de los Frampton, y los niños se apresuraron a salir del coche, mirando hacia la entrada del castillo todavía decepcionados.

—Mamá —se volvió la niña hacia el coche—. Papá no está esperándonos esta vez.

—Quizá esté en Londres solucionando algún asunto, hijita —dijo lady Frampton—. Pero no tardará en volver: es martes, y él sabe que siempre volvemos en martes.

—¿Y por qué él nunca viene con nosotros a ver a la abuelita?

Lady Frampton se estremeció, y bajó la cabeza. Santo Dios, era horrible. ¡Era horrible aquello! Y tenía que terminarlo de una vez, fuese como fuese… No podría soportarlo más. No podría soportar más tiempo marcharse sabiendo parte de lo que ocurría en el castillo durante sus ausencias exigidas por George Frampton…

—Porque papá tiene muchas cosas que atender —consiguió decir sonriendo como disculpándolo—. Llamad a Charly.

—¡Charly, Charly, Charly! —gritaron los tres niños a la vez.

El mayordomo de los Frampton, el buen Charly, orondo y casi completamente calvo, corría ya hacia ellos, sonriendo de aquel modo tan bonachón, haciendo muecas que siempre divertían a los niños. Los niños adoraban a Charly.

—Aquí estoy —dijo alegremente—. ¡El viaje ha terminado!

—Charly —dijo lady Frampton, saliendo del coche—, ocúpese del equipaje, por favor. Y envíe a Emily a la cocina, para que preparen la cena.

—Enseguida, lady Frampton —sonrió el buen Charly—. Es raro que lord Frampton no esté esperándola a usted y a los niños, como siempre.

—Debe estar en la City. O quizá se haya tendido un rato y no nos ha oído llegar. Que lleven enseguida mis cosas a mi habitación, Charly.

—Sí, lady Frampton. Yo mismo me voy a encargar de eso.

Los niños corrían por el jardín, la servidumbre cargaba con los equipajes, Emily corría ya hacia la cocina… Lady Frampton y Charly, éste cargado con el equipaje de su señora, subían por la

escalinata. Charly no lo decía, porque era un mayordomo perfecto, pero lo había pensado muchas veces: ¿valía la pena tanto equipaje total para pasar cuatro o cinco días en París?

—Voy a ver si George está en su cuarto —dijo lady Frampton.

—Muy bien señora. Voy a dejar su equipaje aquí, y enseguida iré también, por si lord Frampton me necesita para algo.

Charly entró con el equipaje en la habitación de lady Frampton, mientras ésta se dirigía hacia la de lord Frampton: empujó la puerta, entró…, y se golpeó el rostro con los pies de lord Frampton.

FIN